S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

TRAMPA para CABALLEROS

ALAN STAR









56

TRAMPA PARA CABALLEROS

ALAN STAR

SIP

TRAMPA PARA CABALLEROS



Trampa para Caballeros

Por

Alan Star



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 16142 - 1960
Número de Registro: 6221 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



ADA más levantarse, todavía en pijama, se acercó al balcón y lo abrió por completo.

Echó una ojeada a la bahía. El mar, de un intenso azul, parecía un espejo.

La temperatura era agradable en extremo y la brisa marina llegaba hasta él, aquella deliciosa mañana. El Mediterráneo se prolongaba hasta el horizonte, recibiendo los rayos del sol que ponían trazados de oro sobre sus aguas. La ciudad se extendía desde el hotel hasta la misma orilla del mar. Era un conjunto de chalets a cuál más artístico y bello.

—Sí —dijo Emil en voz alta respirando hondamente la brisa cálida—. Todo es hermoso aquí... todo. Y creo que me merecía estas vacaciones, después de los últimos meses de trabajo intenso... Claro que esto ha sido posible gracias a...

Siguiendo el curso de sus pensamientos, se volvió, caminando descalzo sobre la mullida alfombra, hacia uno de los ángulos de la habitación, en donde se hallaba un mueble sobre el que había una foto enmarcada, representando a un joven de unos veinticinco años, cuyas facciones recordaban vagamente las del propio Emil.

—Ha sido gracias a ti, muchacho.

Sonrió, contemplando con legítimo orgullo el rostro de su hijo Charles, que llevaba impreso en él la voluntad y el carácter que había heredado de su

padre.

Además de los millones...

Pero eso, para Emil, acostumbrado a manejarlos, era lo menos importante. Los había ganado a docenas y ahora los poseía a centenares: un hombre de negocios perfecto, eso era, ni más ni menos. Uno de esos tipos a los que la suerte parece seguir con la misma facilidad que un perrito de aguas.

Dejó de mirar el retrato de Charles y caminó, sin que la sonrisa abandonase sus labios, hacia el amplísimo cuarto de baño, de un lujo inimaginable, y que estaba incrustado en el suelo, como una diminuta piscina. En aquellos momentos salía de la bañera el vaho cálido y perfumado del baño que había preparado su ayuda de cámara.

Tras desnudarse, metió un pie en el agua y la encontró perfectamente a punto; luego, ampliando la sonrisa que no le había dejado desde que despertó, se hundió en el agua, hasta que le mojó el mentón. Después cerró los ojos y se sumió en la sensación de bienestar que le invadía rápidamente.

Dejó que las imágenes de los últimos meses desfilasen plácidamente por su mente, viendo de nuevo aquellas semanas de intenso trabajo, mientras que le acompañaba su hijo, que no se había separado de él un solo instante, para que le instruyera en la compleja marcha de los negocios, hasta que el joven le demostró, plenamente, que podía dejarle sin temor las riendas de aquel mundo que había creado en menos de treinta años.

Porqué ¿quién era él a principios de siglo?

Su entrecejo se frunció un instante.

Las imágenes que ahora habían brotado de lo hondo de su conciencia no eran tan agradables como las que acababa de abandonar.

Se vio trabajando en aquella monstruosa ciudad de Nueva York, ganando sueldos míseros, luchando contra la penuria que le amenazaba a cada instante, exigiéndose a sí mismo un trabajo agotador para ir ahorrando los pocos créditos que deseaba para instalar un pobre y modesto negocio.

Fue por entonces —y al recordarlo se desfrunció su ceño— cuando se le ocurrió la idea del “peptilón”, el tejido que iba a revolucionar la técnica del vestido en todo el mundo. No pudo hacerlo hasta diez años más tarde, y guardó aquel secreto celosamente, temblando de que alguien, con más medios que él, encontrase la idea y se le anticipase.

Pero la suerte, esa caprichosa y agradable dama que no quiere ver más que sonrisas a su alrededor, descubrió pronto que aquel hombre merecía su compañía. Y se pegó a él. Desde entonces no le había dejado ni a sol ni a sombra, demostrándole, durante todos los años que siguieron a su primer negocio, que no era tan veleidosa como los hombres decían.

Luego había ido todo a pedir de boca, y su situación, cada año que pasaba, se iba consolidando de una manera rapidísima, hasta hacer de él uno de los

hombres más importantes del mundo.

El “peptilón” hizo que los telares abandonasen toda otra técnica para fabricar vestidos. Y ahora, como había dicho a su hijo antes de tomar el Cohete Intercontinental para Europa, “dos de cada tres personas van vestidas con nuestro tejido sintético”.

Y era verdad.

Emil empezó a enjabonarse, distraído aún por todas las ideas que muy a pesar suyo seguían poblando su cerebro. Pero ahora pensaba en que iba a concederse unas largas, larguísimas vacaciones, gracias a la ayuda de Charles.

No había conocido una semana de descanso desde hacía muchísimo tiempo. Y tampoco se había sentido tan feliz desde hacía años. La muerte de su esposa, hacía quince años, le había encerrado en sí mismo mucho más de lo que los negocios le obligaban. Por eso, en estos momentos, se sentía como liberado... como si acabase de nacer de nuevo.

Saltando del baño, se encontró ágil y joven a sus cincuenta y ocho años. Y la imagen que el espejo le devolvió no era, en efecto, la de un hombre acabado y decrépito.

Se había cuidado bastante y, sobre todo, había llevado una vida sana, acostándose temprano y madrugando mucho, dando a sus empleados la imagen de un patrón que, a pesar de su riqueza, vivía, en lo esencial, como ellos.

Después de haberse secado y friccionado, se puso el albornoz y se dirigió hacia la puerta que comunicaba con su lujosa habitación y que había cerrado al entrar en el baño.

Estaba tan íntimamente contento que silbaba una moderna canción, preguntándose, como lo haría un muchacho, cómo iba a empezar su primera jornada en la Costa Azul.

Abrió la puerta.

Y fue entonces cuando la canción murió en sus labios y hasta hizo un ademán de retroceder; pero se quedó allí, mudo de asombro, como si sus piernas se hubieran paralizado.

¡No era posible!

Porque en su habitación había una mujer.

Estaba de espaldas, cambiándose de ropa y dejando ver, a través de la finísima capa de tejido que era su ropa interior, una armonía de líneas que hizo que las sienes de Emil se pusieran a latir.

Tragó saliva con dificultad, preguntándose cómo podía haber ocurrido aquello, y sin saber ni aproximadamente lo que hacer.

Vio unas lujosas maletas al lado de su lecho, una de las cuales estaba abierta, y de la que, sin duda alguna, había sacado la mujer las prendas que se

estaba poniendo en aquel momento. Ella seguía de espaldas, cara al espejo, pero tan cerca de él que su posición le impidió ver lo que pasaba detrás de ella.

No tardó casi nada en ponerse un lindo vestido verde manzana, pasándose luego la mano por el cabello, rubio, y que le caía hasta cerca de la cintura.

Entonces se volvió para coger una diadema que había dejado sobre una de las maletas. Y al incorporarse de nuevo, para volverse hacia el espejo, vio al hombre.

Dejando caer la diadema, se llevó las manos a la boca, al tiempo que abría los ojos desmesuradamente. Luego, olvidando que estaba vestida, bajó los brazos y los colocó sobre el pecho en una posición genuinamente femenina.

—¡Oh! —logró exclamar por fin.

Emil había enrojecido y los labios le temblaban, sin acertar a articular ni una sola de las palabras de excusa que estaba pensando.

Fue ella quien recobró la serenidad —y la cólera— antes que él.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, roja de rabia—. ¿Se dedica a espiar a las mujeres de este hotel?

—Yo... —balbuceó el pobre Emil.

La mujer gritó:

—¡Usted es un sátiro! ¡Un vampiro! Un hombre que...

Se le acumulaban las palabras en la boca, saliéndole a borbotones, muchas de ellas ininteligibles. Y aquella misma vehemencia, la expresión de su rostro, sus ademanes, hicieron recobrar la serenidad al hombre, mostrándole el lado cómico de todo aquello.

Sonrió.

Y ella, hecha una furia, le recriminó:

—¡Ah! ¿Todavía tiene usted el cinismo de reír? ¿Encuentra usted divertido todo esto? ¡Indecente! ¡Vampiro!

—Perdone —repuso él, con una voz llena de serenidad—, pero creo que aquí hay un error.

—¿Qué error? ¿Es que va usted a echarme la culpa encima?

—No es eso, señorita... pero permítame decirle que está usted en mi habitación.

—¿Eh?

Hubo un relámpago de espanto en las pupilas verdes de aquella muchacha.

—Haga el favor de mirar hacia el lecho y verá que está deshecho... porque, sencillamente, acabo de levantarme antes de ir al baño.

Ella no se atrevió, por el momento, a mirar hacia donde Emil le había

indicado; pero luego, con susto en los ojos, lo hizo y se dio cuenta de que se había equivocado.

—Perdone... —musitó, con voz apenas audible.

Y de repente, cayendo de lleno en la crisis que podía esperarse, se echó a llorar, ocultando el rostro entre las manos, sacudido el cuerpo por espasmódicos sollozos.

Emil se sintió desconsolado, mucho más que ella, no sabiendo qué hacer. Finalmente se decidió y se acercó a la muchacha.

—Por favor, señorita... no tiene ninguna importancia. Créame que lamento de veras este equívoco...

—¡Qué vergüenza! —exclamó ella.

—Le aseguro que nadie sabrá absolutamente nada. Soy un caballero y sé el respeto que se debe siempre a una dama.

Ella se secaba los ojos con la punta de un pañuelo. Una sonrisa se asomó a sus labios.

—Es usted muy bueno, señor...

—Me llamo Emil Ritayit, señorita...

—Yo soy Dorothy Cook, señor Ritayit.

Y le tendió una cálida mano que él estrechó amablemente.

—Ese estúpido camarero me ha traído aquí —explicó la muchacha—, haciendo que me encontrase en una desesperante y ridícula situación.

—Le ruego que lo olvide, señorita. Además, si se empeña en llamar la atención de ese aturdido empleado, no hará más que empeorar las cosas.

—¿Por qué?

—Porque esos muchachos son muy habladores y no tardaría nada en hacer que todo el hotel conociese lo ocurrido.

—Tiene usted razón ¿cómo voy a llevar todo mi equipaje a mi habitación?

—¿Qué número le han dado?

—El 304.

—¡Éste es el 309 y ahora comprendo la equivocación: su habitación debe ser la de enfrente. No se preocupe. Yo mismo le pasaré las maletas y así nadie se enterará.

—Es usted muy amable.

—No tiene importancia. Y ahora, si me permite, voy a vestirme. Usted vaya a su cuarto y luego, cuando yo esté preparado, vigilará el pasillo mientras yo paso sus maletas. ¿De acuerdo?

—Naturalmente, amigo mío. Es una suerte encontrar aún caballeros como usted.

Salió, sin dejar de sonreír. Emil cerró la puerta y empezó a vestirse, sintiéndose especialmente complacido por lo que había ocurrido.

—No está mal —dijo, mientras se anudaba la corbata—. Está visto que sólo en Europa pueden ocurrir imprevistos tan deliciosos como estos.

Una vez se hubo vestido, salió al pasillo y llamó a la puerta de Dorothy. Después transportó las maletas que quedaron instaladas en un santiamén en la lujosa antecámara de la muchacha.

Ésta estaba tan bonita como siempre y ahora su rostro expresaba un gozo que encendía sus mejillas.

Era alta, de una esbeltez extraordinaria. Y poseía una belleza natural que parecía haber sido especialmente creada para ella.

—Siéntese, señor Ritayit —dijo—. Voy a servirle algo de beber... ¿qué prefiere?

—Whisky.

—Perfectamente. Tengo aquí una botella de escocés legítimo. ¿Un poco de soda?

—No. Prefiero unos trocitos de hielo.

—Muy bien.

Momentos después, sentados frente a frente, hacían chocar las copas antes de llevárselas a los labios.

—¡Por esta amistad que acaba de nacer en condiciones tan curiosas! —exclamó ella.

—Eso es —repitió él—. Y para que dure mucho.

—¿Por qué no había de durar? —inquirió ella, mirándole fijamente.

—Es natural que sea sólo algo efímero —confesó él con una mueca de tristeza—. Yo soy un hombre viejo y...

—¿Quiere dejar de decir tonterías? ¿O es que desea, para satisfacer su orgullo de varón, que le diga que nunca me encontré con un hombre tan atractivo como usted?

A Emil se le atragantó el "whisky" y hubo de hacer un esfuerzo para no enrojecer demasiado.

—¿No se burla de mí? —preguntó después.

—Nunca acostumbro a burlarme de nadie —repuso ella seria—. Y menos lo haría de usted, que se ha portado tan caballerosamente conmigo.

—Olvidemos eso, por favor. ¿Qué diría si la invitase a comer?

—Que aceptaría encantada. Pero antes, si le parece, podríamos dar una vuelta por el mar.

—¿Cómo?

—Tengo un pequeño yate anclado en el muelle. Y le aseguro que soy un excelente “lobo de mar”.

Emil sonrió.

—Encantado. ¡No sabe cuánto le agradezco estas amabilidades conmigo!

—No diga eso: vuelvo a decirle que es usted un hombre extraordinario.

—Y usted una mujer hermosísima.

Ella sonrió, mostrando una dentadura perfecta.

—Si de veras nos sentimos tan íntimamente unidos, ¿por qué no apear el tratamiento? ¡Llámeme Doro, por favor!

—Y usted, llámeme Emil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

CAPÍTULO II



HARLES detuvo su poderoso coche ante el edificio de treinta pisos, en cuyo parque dejó el vehículo y subió por la colosal entrada de mármol.

Momentos más tarde, un ascensor ultrarrápido le dejó en la planta vigesimosegunda. Tomó un pasillo y se detuvo, por último, ante una puerta sobre la que una placa dorada decía:

SAM TELLER

Abogado

Charles empujó la puerta y se hizo anunciar por la joven que había ante un minúsculo despacho, en el elegante hall. Después la muchacha volvió, con una encantadora sonrisa en los labios y le invitó:

—Puede pasar. El señor Teller le espera.

—Gracias.

Sam Teller era un hombre joven aún, exuberante de personalidad, alto, casi como su visitante, pero moreno en vez de rubio como Charles.

Estrechó la mano del joven Ritayit, señalándole uno de los muelles sillones de tipo funcional.

—Perdone que no haya ido a verle, Charles —dijo el abogado, contorneando su despacho y yendo a sentarse frente al otro—, pero prefería verle aquí. En su oficina está usted generalmente demasiado ocupado para escucharme. Todos estos últimos meses he intentado vanamente tener una conversación con usted y no lo he conseguido.

Charles sonrió.

—Ya me tiene usted aquí.

Sam preguntó:

—¿Sin prisa?

—No demasiada... tengo un Consejo a las doce... y son las once y cuarto.

—Comprendo, procuraré abreviar. ¿Cómo van los negocios?

—Bastante bien.

—Es la respuesta que esperaba.

—¿Por qué?

—Porque la palabra “bastante” no es la que debería usted decir, después de los esfuerzos que lleva hechos en estos últimos ocho meses.

—Si se explicase mejor...

—Es cierto. Y no debemos dar más vueltas alrededor del asunto. Déjeme recordarle a grandes rasgos lo que ha ocurrido desde hace ocho meses.

—Como quiera.

—Bien. Hace ocho meses, su padre, después de confiarle las riendas de los negocios, salió para Europa. Un mes después nos comunicaba su matrimonio en Venusville con una joven llamada Dorothy Cook.

—Así es.

—No voy a detenerme en considerar los gastos que su padre ha tenido en estos últimos tiempos, ya que es natural que haya derrochado un poco el dinero junto a su hermosa y joven esposa.

—No tan poco...

—Pero no tiene importancia, después de todo. ¿Conoce a su madrastra, Charles?

El joven frunció el ceño.

—La he visto en foto y en la televisión... como usted. Recuerde que

hicieron una emisión entera por la Cadena Spacial, cuando llegaron, recién casados, a Venusville.

—Lo sé. Y, si la conoce como yo, tendrá que admitir que es una joven singularmente hermosa.

Charles torció el gesto.

—No creo que sea esa —dijo— una frase afortunada.

Sam dijo:

—Perdone. Y sigamos con lo que nos interesa. Decíamos antes que los gastos de su padre pueden entrar en lo normal... pero, sin embargo, el señor Ritayit desde hace tres meses, ha empezado a disponer de ciertos negocios afines al principal, realizando urgentes ventas, en condiciones no siempre favorables, para procurarse grandes sumas de dinero que, sin duda alguna, no se atrevía a pedirle a usted directamente.

—De eso ya me ha informado usted.

—Déjeme seguir, por favor. Quiero que usted tenga una visión general de lo ocurrido.

—Bien.

—Sin miedo a error, se puede decir que hoy no poseen ustedes más que el negocio principal, ya que los otros han sido liquidados en estos últimos meses por su padre. Y ahora llegamos al centro de la situación: su padre acaba de comunicarme, hace sólo unas horas, que iba a venir a la Tierra y que hiciese el favor de buscar lo antes posible un comprador para lo que queda.

Fue como un golpe tremendo para Charles, cuyo rostro cambió profundamente de color.

Charles exclamó:

—¡No es posible!

—Voy a enseñarle el cablegrama, amigo... —dijo el abogado, sacando un papel del bolsillo—. Sé que su padre se enfadaría mucho si supiese que se lo he enseñado, pero no puedo evitarlo. La anormalidad de todo esto me sorprende tanto que me veo obligado a consultar con usted antes de empezar a obedecer las órdenes de su padre.

Charles comprobó que el telegrama decía exactamente lo que el abogado acababa de anunciarle.

Luego, devolviéndoselo a Teller, dijo:

—Ya veo. Debe de haberse vuelto loco.

El abogado preguntó:

—¿De veras que usted no ha sido informado de nada?

—No me ha escrito desde pocos días antes de casarse: fue la última carta

que recibí de él.

Charles exclamó:

—¿Cómo ha podido cambiar tanto?

—No lo sé, amigo mío. Ha trabajado mucho y es posible que su esposa le haya convencido para que haga esto.

—No puede ser. Papá ha sido siempre un hombre que no ha tolerado instrucciones, consejos ni órdenes de nadie. Se hizo solo, venció todas las dificultades que la vida le opuso sin ayuda de nadie, luchando contra viento y marea. No puedo comprender qué ha podido sucederle... ¿Cuándo llega?

—Mañana.

—¿Aquí? ¿A Boston?

—Sí. Así me lo ha anunciado por otro telegrama que tengo en la carpeta. ¿Quiere verlo?

—No es necesario.

Encendió un cigarrillo, sin preocuparse de que el abogado se diese cuenta de su nerviosismo intenso.

—¿Piensa usted hacer algo? —inquirió Teller después de una corta pausa.

—No lo sé aún.

—¿Va a hablar con él?

—Tampoco lo sé. He de reflexionar detenidamente sobre todo este jaleo. Mientras vendía los otros negocios, no me preocupé, porque en realidad impedían concentrarse en el que más dinero nos ha proporcionado. Pero ahora, cuando usted me ha anunciado su decisión de deshacerse de lo único que ha amado en su vida... no sé. Es algo contra lo que hubiese jugado cualquier cosa... incluso la vida.

—Le comprendo.

—No me atrevo a pensar que su mujer esté jugando con él. Ya conoce usted lo que suele ocurrir cuando una muchacha joven y ambiciosa se casa con un hombre de cierta edad...

—¿Cree que espera, a su muerte, ser la heredera universal?

—Eso me importaría poco, después de todo, si mi padre conservase el negocio, cuyo porvenir es maravilloso, dejándome al frente de él. Nada me preocuparía que se alejase del negocio, que se pasase una vida como se ve que la desea ahora. Pero a la larga, la venta significa una pérdida tremenda por mucho que obtenga de ella.

El abogado asintió con un gesto de cabeza.

Musitó:

—Yo, amigo Charles, no puedo hacer más que lo que él me manda. Todo

lo demás depende únicamente de usted...

Charles dijo:

—Tiene razón, Sam. Pero ¿quiere que le diga algo? Siempre respeté a papá y no sé lo que me pasa al pensar en que he de enfrentarme seriamente con él. Desde muy pequeño estoy acostumbrado a ver en él el hombre capaz de llevarlo todo en sus manos, de tomar decisiones que nunca fallaban, incluso, hace diez años, cuando se rompió una pierna y le pusieron una rótula de platino, obligándole los doctores a estar unas semanas en la cama, hizo que le trasladasen el despacho a su habitación y desde allí despachó todos sus asuntos, sin dejar que sus secretarios interviniesen directamente en nada.

—Le conozco lo suficiente para saber que el retrato que acaba usted de hacer es exacto. Yo también, es la verdad, estoy extrañado de este cambio tan radical.

Charles se puso en pie, después de echar una ojeada a su reloj de pulsera.

—He de irme. Por el momento, prefiero dejar de pensar en lo que me ha comunicado, Teller, y seguir considerando las cosas como si nada hubiera ocurrido. Tengo un Consejo y voy a resolver todos los problemas como si ignorase la decisión de mi padre.

—¿No ya a comunicar nada en el Consejo?

—No. Prefiero hacerlo cuando vea que nada hay por evitar la venta.

—Me parece muy bien.

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Va a ir al espaciódromo a recibirle?

—Puede que sí. Aunque no me ha comunicado nada, la prensa y la televisión lo dirán, estoy seguro, y esto justificará mi presencia cuando lleguen al espaciódromo.

—También creo yo que es lo más correcto. No puede usted empezar a hacerse ver mal por ellos antes de que haya hablado con su padre.

—Así pienso hacerlo.

Se estrecharon la mano y cuando el abogado le abrió la puerta, preguntó:

—¿Tiene usted novia, Charles?

—No. No he tenido tiempo de pensar en ello.

Sam preguntó:

—¿Se imagina su situación si estuviese usted casado?

—Sí, aunque creo que papá no me echará a la calle. No puede hacerlo.

—Desde luego —fue la ambigua respuesta del abogado.

Charles salió del edificio, con la cabeza ardiendo. Y sólo, minutos más tarde, cuando se enfrentó al Consejo, pudo olvidarlo parcialmente todo

mientras hablaba de cifras de producción y de beneficios ante un puñado de hombres que no podían imaginar ni remotamente la catástrofe que ya se cernía sobre ellos.

*   *   *

—¿Falta mucho para que llegue la astronave de Venus?

—No mucho, señor. Su llegada ha sido anunciada.

—Gracias.

Charles se fue hacia el bar, en la terraza del edificio del espaciódromo, donde tomó asiento y pidió un whisky.

Lo necesitaba.

Había dormido muy poco, y su sueño había estado poblado de pesadillas que le habían dejado un malísimo sabor de boca.

Pensó las cosas desde cien puntos diferentes de vista, hasta llegar a convencerse de que su padre no podía hacer lo que el abogado había dicho. Conocía mucho al autor de sus días y estaba seguro de que aquello no podía ser más que una broma. Quizá desease solamente asustarle...

Las ventas anteriores no tenían importancia alguna y Charles comprendía que un hombre que tenía a su lado una mujer hermosa y joven, estaba inclinado naturalmente a satisfacer todos sus caprichos.

Sus ideas fueron bruscamente cortadas por el estrépito de los altavoces:

—¡Atención! La nave espacial procedente de Venus va a tomar tierra de un momento a otro. Se ruega a los servicios auxiliares que se coloquen en los lugares de costumbre...

Charles miró hacia el cielo.

Poco a poco, un punto visible en el fondo azul fue haciéndose grande, hasta que la enorme silueta de la astronave se dibujó con toda nitidez. Realizaba un descenso correcto, ayudándose con los motores de contención, de cuyas toberas sallan llamas rojizas.

Momentos después, tras haberse posado verticalmente, la grúa gigante la fue inclinando lentísimamente, hasta dejarla en su posición normal, apoyada en su descomunal tren de aterrizaje, lo que le daba el aspecto de un avión de otros tiempos al que se hubiese cercenado las alas.

Charles abandonó el bar y se encaminó a la sala de recepción donde ya se agolpaban los familiares y amigos de los que acababan de llegar. Colocándose un poco al margen, observó con envidia las expresiones de ansiosa ternura que se reflejaba en todos aquellos rostros.

¿Por qué él no podía manifestar el mismo gozo por la llegada de su padre?

Pero no era hipócrita y hubo de confesarse que, si bien experimentaba una natural alegría al volver a ver a su padre, lo que el abogado le confió y su

actitud en los últimos tiempos ponía, necesariamente, mucho hielo en la llamita de entusiasmo que lucía en su corazón.

Desde donde estaba vio cómo los pasajeros, que salían de las entrañas de la astronave, se encaminaban hacia la salida. Iban en grupo y no pudo distinguir lo que tan ansiosamente estaba deseando ver, a pesar de todo.

Empezaron a llegar mujeres, hombres y niños, que se lanzaban a los brazos de los que les esperaban.

Charles se sintió molesto.

Y fue entonces cuando una voz sonó a su izquierda, llamándole:

—¡Eh, Charles!

Se volvió.

Una pareja, sonriente, se acercaba a él. A ella la conocía por las fotos que había visto en las pantallas de televisión el día de la boda y cuando llegaron a Venus: era, sin ninguna duda, Dorothy Cook, la esposa de su padre.

En cuanto a su acompañante...

Pero éste ya estaba en sus brazos, apretándole con fuerza.

Preguntó:

—¿Cómo va eso, júnior?

—¡¡¡NO!!!

Se estremeció de pies a cabeza, respirando con satisfacción cuando el hombre se separó de él, dejando entonces que le contemplase con cierto detalle.

¡Era imposible!

El hombre que le sonreía no podía ser su padre, ya que no aparentaba mucho más de treinta años. Su piel era tersa, juvenil y aunque el color de los ojos y algunos rasgos le recordaban vagamente a su padre, no podía aceptar en modo alguno lo que estaba viendo.

El hombre sonrió, y mirando a la mujer comentó:

—¿Te das cuenta, Doro? ¡Ni mi propio hijo me reconoce!

Luego, volviéndose a Charles invitó sin dejar de sonreír:

—¿Es que no vas a dar un beso de bienvenida a tu madre?

Charles hubiera querido estar lejos de allí, en un sitio donde pudiera dar rienda suelta a su indignación, a su posición contraria a toda aquella ridícula bufonada.

Obedeció, no obstante, y se acercó a la hermosa mujer, cuyos ojos verdes se le estaban clavando en el alma.

Y cuando la besó en la mejilla, sintió un rubor imposible de reprimir, que le ponía fuego en la cara.

—¿Sabes que tienes un hijo muy guapo, Emil? —inquirió ella, sin dejar de sonreír.

Emil movió la cabeza.

—¡No empecemos así, querida! Ya te lo dije a bordo... mi hijo es un hombre que corresponde a mi retrato cuando tenía su edad. Pero yo no estoy mal, ¿eh, Charles?

—No, papá...

—¡Fíjate en él! Hasta no se atreve a llamarme padre, ¡Eso me halaga, hijo! Quiero que me trates como a un amigo. Estoy acostumbrado a esta segunda juventud y prefiero que me veas como un igual.

—Como tú quieras, Emil.

—¡Así me gusta que me llames!

—¿Vamos a casa?

—No. Doro y yo hemos reservado unas habitaciones en el Majestic. No quiero acercarme al negocio ni a lo que me lo recuerde en modo alguno.

Charles hizo un esfuerzo. Luego se decidió.

—Es que yo quería hablar contigo, Emil... Lo que tengo que decirte es muy im...

—... portante —concluyó el otro—. Ya lo sé. Pero hablaremos esta noche, en el hotel. ¿A qué hora deseas verme?

—A la que tú mandes.

—Bien. Creo que a las nueve será una buena hora. Doro tiene que ir a ver a unos amigos que no ha visto hace mucho tiempo. Y aprovecharemos sus visitas para charlar largo y tendido. ¿Quieres almorzar con nosotros, Charles?

—Me gustaría mucho, Emil, pero no puedo. El negocio exige que esté allí.

—¿Lo ves, Doro? ¡Éste es el hombre que yo he sido durante tantos años! Negocio, negocio y más negocio. ¡Menos mal que todo se acabó!

Y poniendo su mano sobre el hombro del hijo, se despidió:

—Hasta las nueve entonces, Charles.

—Adiós.

Se alejaron, cogidos del brazo, como una pareja feliz. Y Charles tuvo que admitir que lo eran.

Mientras los veía irse hacia la salida, se preguntó cómo había conseguido su padre convertirse en aquel hombre joven. Porque lo curioso era que desde que lo había visto y oído, seguía creyendo, sin saber exactamente por qué, que aquel hombre no era su padre.

Un estremecimiento le recorrió de los pies a la cabeza.

CAPÍTULO III



O hizo falta que preguntase a nadie. La televisión, mientras almorzaba en su despacho, dio una amplia información sobre su padre, hablando de los maravillosos resultados que Emil había obtenido en la Clínica de la doctora Butler, en Venus donde, además de un tratamiento hormonal completamente nuevo, había sido operado una treintena de veces, por la eminente especialista en Cirugía Estética, hasta convertirle en el nuevo hombre que era.

Fotografías de Emil antes de ser intervenido y después habían dado a los telespectadores una idea clarísima del milagro llevado a cabo por la técnica de aquella doctora, cuyo nombre corrió de boca en boca.

¿Así que había sido eso?

Mientras comía, poco y de mala gana, Charles pensó que, lógicamente, lo que había hecho su padre no podía ponerle de aquel mal humor terrible; pero lo que le molestaba y hasta le daba miedo era el cambio de personalidad, tan hondamente profundo, que le había hecho dudar de que el nuevo Emil fuese el mismo que ocho meses antes había salido para Europa.

Ahora no podía caberle la menor duda de la autenticidad del hombre que le había abrazado en el espaciódromo.

¡Parecía imposible!

Porque lo que le aterraba era el cambio espiritual, aquella especie de alejamiento de la realidad, aquella manera de desinteresarse de lo que antes había sido el motor de su vida: el negocio.

¿Eran culpables las hormonas que la doctora de Venus le había inyectado?

Porque en tal caso, la operación había sido un fracaso, ya que un cambio de personalidad tan intenso no correspondía ni pagaba las modificaciones

físicas que, por sí mismas, no justificaban un sacrificio tan enorme.

Pasó toda la tarde pensando en aquello y esperanzando en poder influir en Emil para alejar de su mente aquella idea horrible de la venta del negocio.

"Después de todo —se dijo—, papá, se ha convertido en un niño y no será tremendamente difícil influir en su mente, haciéndole ver todas las ventajas que sacará al guardar el negocio".

Él estaba dispuesto a procurar a la pareja cuanto necesitase, por mucho que fuese, para que nada les faltase. Comprendía perfectamente todos los deseos de su padre y también lo aprobaba, sin reservas, en vivir los años que le quedasen en un ambiente de felicidad que hasta entonces no había gozado.

Su mal humor fue disolviéndose a medida que veía las cosas bajo aquel nuevo prisma. Y cuando abandonó su despacho, poco después de las ocho y media, cuando todos sus empleados se habían ido ya, lo hizo con una sonrisa de esperanza en los labios. Hasta se atrevió a silbar mientras el ascensor le conducía a la planta baja.

Poco después, su coche se detenía ante la elegante entrada del Majestic, el mejor y más costoso hotel de la ciudad. Jamás había puesto allí los pies el Emil "anterior", ya que hubiese juzgado una verdadera locura hacerlo.

—¿El señor Ritayit? —inquirió, al llegar junto a la recepción.

—Piso primero, señor. "Suite Imperial".

Charles dijo:

—Muchas gracias.

"¡Suite Imperial!".

¿Cuánto debía costar diariamente aquella elegante colección de habitaciones, saloncitos y dependencias?

Pero ni el escalofriante cálculo aproximado del derroche inútil que su padre hacía pudo cambiar el humor de Charles que, en aquellos momentos, se sentía completamente seguro de conseguir que Emil cambiase de parecer.

Una vez en la primera planta, se detuvo ante la puerta llamando con los nudillos y luego con el timbre.

Nadie contestó.

Frunciendo el entrecejo, el joven se preguntó si Emil había olvidado la cita y había salido con su esposa, dejándole allí plantado.

Volvió a llamar.

Después, cansado de insistir y cuando pensaba que lo mejor era volver a la recepción y enterarse de si su padre había salido, puso una de las manos sobre el pomo, y lo hizo girar, mecánicamente, sin percatarse de lo que hacía. Y la puerta se abrió inmediatamente.

Charles la empujó y echó una mirada a la elegantísima salita que tenía ante

él. El cuarto estaba completamente vacío, pero en el fondo había una puerta abierta.

Entró y cerró tras sí.

—¡Padre! —llamó.

Después, sonriendo, recordó que no le gustaba que le llamasen así. Y alzando la voz.

—¡Emil! —volvió a gritar.

No hubo contestación alguna.

Charles se dijo un poco intranquilo que su padre podía haberse quedado dormido y que, dadas las dimensiones gigantescas de la "suite", era muy posible que no le hubiera oído.

Avanzó y penetró en la salita contigua. Y cuando se dirigía hacia la puerta que había enfrente, atraído por una silla que había ante ella, en un sitio que no le pertenecía lógicamente, vio la pistola sobre la silla.

Frunció el ceño.

Se acercó más a aquella silla, cuyo respaldo estaba sujetando el pomo de la puerta, como si alguien la hubiera colocado allí para evitar que saliesen de la habitación.

—¡Papá!

Tiró de la silla; pero, al hacerlo, la pistola se escurrió y Charles logró cogerla en el aire antes de que cayese al suelo.

Empuñándola, abrió la puerta, encontrándose ante espesas nieblas, que no le permitieron ver absolutamente nada.

Buscó a tientas, con la mano izquierda, el conmutador. Logró encontrarlo poco después. Dio la luz.

La habitación tenía dos camas gemelas; era enorme y estaba decorada y amueblada con un lujo nunca visto. Espesas cortinas cubrían el amplísimo balcón y un dosel azul y duro servía de fondo a los dos lechos, colocados ambos sobre sitiales que les hacía estar a muchos centímetros de altura sobre el nivel del suelo, cubierto enteramente por una alfombra mullida y espesa.

Y sobre aquella alfombra; con los brazos abiertos, estaba el cuerpo de Emil Ritayit, con una mancha roja en el pecho.

¡Pero aquel era el Emil de antes!

Su rostro era el de un hombre de cerca de sesenta años, su piel estaba arrugada, sus cabellos blancos y sus ojos abiertos, mirando con escalofriante realidad al techo.

—¡Padre!

Había olvidado todo lo ocurrido en las últimas horas. Porque la persona

que yacía ante él era, sin ningún género de duda, su padre, el que él conocía.

Alguien exclamó:

—¡No se mueva!

La voz estalló a su espalda, como un latigazo. Y Charles se volvió, viendo a los tres policías; había uno en primer término, enorme desde el punto de vista en que el joven los veía, ya que estaba arrodillado junto al cadáver. Parecía que el policía llegaba hasta el techo, levantándose como una torre altísima.

—¡Suelte esa pistola! —rugió el policía.

Estaba armado, así como sus compañeros. Y los tres le apuntaban con sus revólveres.

Charles, que no recordaba ni el arma que tenía en la mano, la soltó, dejándola caer junto a él.

Luego se puso en pie.

El policía avanzó y sabiéndose cubierto por los otros dos, cacheó al joven, sin olvidar ningún bolsillo y le quitó cuanto llevaba consigo.

Charles estaba tan intensamente anonadado que no reaccionó, ni aun cuando las esposas se cerraron, con un sonido metálico, en sus muñecas.

—¡Vamos! —dijo el inspector—. Tú, Lorent, quédate aquí hasta que lleguen los muchachos del laboratorio.

—Bien, señor.

Salieron y subieron a un coche que, momentos más tarde, les dejaba ante el edificio de la Central de la Policía de Boston.

Y aún envuelto en la densa niebla que le rodeaba por doquier, Charles Ritayit fue encerrado en uno de los calabozos, quitándole entonces las esposas y quedando, sentado en el borde del camastro, con la mente completamente vacía.

* * *

Clara Silver terminaba su labor en el hotel a las diez de la noche; pero en aquella ocasión y después de la excitación que había pasado, se dijo que bien podía esperar un poco más. Luego, pensándolo mejor, abandonó el hotel, pues tenía que firmar el control de salida como camarera de piso, en jornada de día. Al ir a su casa se permitió el lujo de tomar un taxi.

Todavía estaba nerviosa.

Pero Clara era una muchacha enérgica, y logró sobreponerse al espanto que había experimentado. Pensó que lo más lógico era hablar con Joe antes de decidirse a poner en marcha el plan que ya había esbozado cuidadosamente.

Una vez en su domicilio, comprobó, con el desencanto de siempre, que Joe no estaba esperándola, y precisamente en aquella ocasión en que tanto le

hubiera agradado encontrarle.

Bien, ya vendría.

Se puso su mejor vestido, aunque frunció el entrecejo, al mirarse en el espejo. Pronto tendría suficiente dinero para poder comprarse toda una colección de vestidos nuevos, de zapatos y de sombreros de la última moda.

No era que quisiera soñar con compararse con las elegantísimas damas que pululaban por el hotel y cuyos armarios y guardarropas había visto más de una vez, al arreglar las habitaciones, incluso había llegado a probarse algunas de aquellas lujosísimas "toilettes", paseando con ellas sobre las alfombras de las "suites".

No, Clara era una muchacha sensata y se conformaría con comprarse todo lo que necesitaba. Vestiría también un poco a Joe, aunque éste no lo mereciese del todo. Pero quizás al ver el dinero que ella iba a tener, se decidiese de una vez a casarse con ella.

Porque, por encima de todo, y a pesar de que él era un golfo, ella le quería.

En aquellos momentos hubiera dado cualquier cosa por tenerle a su lado, para contarle todo lo que había visto en el hotel y lo que pensaba hacer. Joe le hubiese aconsejado e incluso ayudado, aunque no fuese más que por el interés del dinero que ella iba a obtener.

Pero ¿qué iba a hacer ella si los hombres eran así? Por lo menos, los hombres que ella estaba acostumbrada a tratar.

Desde luego no estaba dispuesta a salir en busca de Joe, pues lo más normal es que tuviera que perder toda la noche, buscándolo por todas las salas de juego y tugurios de la ciudad. Había cobrado el día anterior y entregado parte del dinero a Joe. Y, como siempre, él, con aquella sonrisa de seguridad en los labios, la había besado antes de irse a tentar fortuna, aunque siempre volvía de un genio de todos los diablos y sin un solo centavo en el bolsillo.

No iría a buscarle, de eso estaba segura.

Después de reflexionar unos instantes, escribió una nota para él, contándole a grandes rasgos lo que había ido a hacer y rogándole que si llegaba antes que ella le esperase.

Dudó antes de firmar y luego, sonriendo, sabiendo que el papel de una mujer es siempre el de perdonar, agregó un "tu Clara que te quiere cada vez mucho más".

Después abandonó la casa.

No dudó ahora tampoco en tomar de nuevo un taxi, diciéndose que unos cuantos créditos no iban ni mucho menos a mermar el dinero que con tanta facilidad pensaba ganar.

Una vez en el Majestic, penetró como de costumbre por la puerta de servicio y subió a la primera planta. Se detuvo ante el policía que había ante la

puerta de la “suite” que ocupaban los Ritayit.

—¿La señora? —inquirió.

—No está aquí. La han trasladado al número 313. Ha preferido no permanecer en la habitación donde ha sido asesinado su marido.

—Muchas gracias.

El policía preguntó:

—¿Es usted una amiga?

—Sí.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Porque esa pobre mujer necesita a su lado alguien que la consuele.

—Desde luego.

Se dirigió a la 313.

Llamó a la puerta. Tardaron bastante en contestar. Apareció una camarera que, por fortuna, pertenecía a otro turno y no conocía a Clara. La camarera llevaba una bandeja en la mano.

—¿La señora Ritayit? —inquirió Clara.

—No creo que la reciba.

—Dígale que soy una amiga de su esposo.

—Espere un momento.

Tuvo que hacerlo, luchando contra el nerviosismo que la invadía. Hasta ahora no lo había experimentado, pero la intranquilidad iba abriendo fisuras en su sangre fría a medida que se acercaba el momento de poner su plan en práctica.

La camarera reapareció.

—¿Quiere hacer el favor de pasar? Es al final del pasillo, la puerta de la derecha.

—Muchas gracias.

Clara avanzó con seguridad, pues conocía aquella habitación. ¡Como si ella no supiese la distribución del apartamento, que había limpiado centenares de veces!

Al llegar al final del pasillo, se detuvo ante la puerta y echó una ojeada al interior. Vio que la hermosa muchacha estaba sentada en uno de los sillones, con un pañuelo estrujado entre los dedos y una expresión de dolor en el rostro.

Preguntó:

—¿Se puede?

—Pase.

Avanzó, sin dejar de mirar a aquella mujer a la que tanto admiraba por la realidad de su hermosura y la manera de llevar el precioso vestido de tarde con que se vestía.

—¿Qué desea? Me han dicho que era usted una amiga de mi...

—No es verdad, señora: soy la camarera del piso.

—¡Ah!

—Era la única manera de que me recibiese.

—Y ¿por qué deseaba verme?

—Porque yo sé que su hijastro no ha matado a su marido.

CAPÍTULO IV


ERVIOSAMENTE se mordió Joe los labios.

Hizo un verdadero esfuerzo para que sus adversarios no se diesen cuenta de que esta vez había cogido buenas cartas. Después de la mala racha que le había perseguido, como siempre, desde el principio de la partida, ahora, con un póquer estupendo en las manos, no tenía más que sesenta créditos para

pujar.

Por eso tenía que obrar con cuidado.

Miró a los demás, pero sobre todo se fijó en el rostro impenetrable de Lucky, que estaba frente a él y cuyos ojos azules y fríos como el acero estaban, en aquel momento, clavados en los suyos.

¿Sería capaz de leer sus pensamientos?

Se estremeció y bajó la mirada para contemplar con envidia el inmenso montón de dinero que el otro tenía ante sí.

¡Por algo le llamaban "Lucky" [1]!

A la derecha estaba Harold, que había distribuido las cartas. También le miró. Y con voz pegajosa preguntó:

—¿Descarte, Joe?

Un nuevo esfuerzo para dar a su voz un tono normal dijo:

—Estoy servido.

Lukas pidió dos y Lucky una.

Luego Harold dijo:

—Tú hablas, Joe.

—Lo sé... subo a treinta.

—Voy —replicó Lukas.

—Yo también —dijo Lucky.

—Yo no... —terminó Harold, arrojando las cartas al centro de la mesa, y encendió un cigarrillo, esperando el desarrollo de la partida.

Hubo un largo silencio.

Joe tenía infinidad de gotitas de sudor sobre la frente, en la que se habían pegado algunos de sus cabellos rizados. Había llegado el momento de aprovecharse de aquella buena suerte que, excepcionalmente y aún no sabía cómo, se había puesto a su lado.

Respiró y mirando a Lucky preguntó con voz ahogada:

—¿Puedo jugar sobre palabra?

Lucky sonrió.

—¿Por qué no, amigo? ¿Hasta cuánto?

—Hasta cuanto quieras.

Lucky entornó los ojos.

—¿Debes haber cogido buenas cartas, eh, granuja? Aunque también puede tratarse de un "farol"; nos tienes acostumbrados a ello.

A Joe le gustaron muchísimo las palabras de su adversario, ya que

sembraban la duda, dándole así ocasión de ganar. De ello estaba completamente seguro.

Lucky se pasó la lengua por los labios; después propuso:

—¿Qué te parece quinientos?

—Y ¿por qué no mil?

Lukas gruñó.

Había conseguido una buena jugada, pero temía la de los otros dos. No obstante aceptó sonriendo:

—Por mí, vale.

—Pues llegamos a mil —dijo Lucky. Y mirando a Joe dijo—: Te toca a ti descubrir el juego, muchacho.

—Aquí está: póquer de reinas.

—Yo pierdo —suspiró Lukas, mostrando un "full" de ases.

—Yo gano —dijo Lucky, extendiendo un póquer de reyes sobre la mesa.

Joe creyó que iba a hundirse en el suelo.

Se había puesto mortalmente pálido y miró, con envidia, los billetes que Lukas le estaba dando a Lucky para pagarle los mil perdidos.

Lucky contó el dinero, sin levantar la vista de los billetes; luego, mirando a Joe, dijo con voz tranquila:

—Me debes mil créditos, muchacho.

—Te los pagaré.

—Lo sé. Pero lo harás mañana por la noche, ¿verdad?

No hacía falta que Lucky amenazase a nadie. Todo el mundo lo conocía y sabían que no podía jugarse con él. Su especialidad era el cuchillo y prefería "marcar" a su adversario, cuidando de no matarle, ya que no deseaba ir a visitar la Cámara Electrónica.

—Sí —repuso Joe, sintiendo que se le había formado un nudo en la garganta.

—De acuerdo. ¿Quieres jugar más?

Joe se levantó, teniéndose que apoyar en el borde de la mesa, con miedo de caerse.

—No. Me voy. Es muy tarde.

—Como quieras. ¡Da las cartas, Lukas! Te toca a ti...

Joe salió del local, sintiendo el fresco de la noche que le azotaba el rostro, pero sin hacer mucha sensación en la calenturienta piel que le hervía.

Caminó por las calles, sin saber hacia dónde iba, maldiciendo su mala suerte y diciéndose que no había derecho a lo que había ocurrido aquella

noche.

¿Haría trampas Lucky?

Se detuvo, pensando intensamente en aquella posibilidad; pero tuvo que confesarse que, aunque así fuera, jamás se atrevería a decírselo, ya que estaba seguro de que aquella vez no limitaría el otro la actividad de su cuchillo a "marcarle".

Llegó a la casa de un humor de todos los diablos, y deseando que Clara estuviese dormida, porque en otro caso habría bronca y sólo tenía ganas de dormir. Ya que no tenía dinero para comprarse una botella, buscaría en el sueño la lejanía de todo lo que en la vida le pasaba.

Sobre todo en la cantidad que debería pagar al día siguiente a Lucky.

¿De dónde iba a sacar él mil créditos?

Por el momento no quería ni pensarlo Y así, cuando entró en la habitación y vio que Clara no estaba, casi se alegró de ello. Se detuvo extrañado al descubrir la carta que ella le había dejado sobre la mesa.

> *Querido: Creo que hemos encontrado, por fin, la ocasión que tanto esperábamos. Esta tarde, y mientras trabajaba en el hotel, con la puerta del apartamento abierta, como nos obliga a hacerlo la jefa de piso, oí el ruido de un disparo en la habitación de al lado, que resulta ser la "Suite Imperial", Me asomé a la puerta en el preciso momento en que salía un hombre y al que no recordaba, ya que llevaba el cuello de su gabardina levantado y se alejó de espaldas. Yo no sabía qué hacer cuando llegó un señor al que hemos visto muchas veces en la televisión. ¿Te acuerdas de Charles Ritayit, el hijo de ese hombre del que hemos hablado tantas veces, comentando que era uno de los más ricos del mundo? ¡Pues era él, en persona! Entró en la "suite" y al poco tiempo llegaron los policías y lo sacaron esposado...*
>
> *Luego me enteré de que habían encontrado al señor Ritayit muerto en su habitación, de un balazo en el pecho. Ya comprenderás que, por lo que te he contado, no pudo ser el señor Charles el asesino... sino el tipo que vi salir...*
>
> *¿Qué te parece, Joe? ¿Verdad que tu Clara es una muchacha lista? Pues ahora fíjate bien en lo que voy a hacer. ¿Verdad que si fuera a los policías no sacaríamos nada en limpio? Eso mismo pienso yo. Por eso he pensado ir a hablar con la señora y contarle la verdad... cuando esté dispuesta a "cascar" quince mil créditos. ¿Te parece bien la suma? Yo creo que tampoco hay que exagerar al pedir. ¿No es cierto? Ella estará interesada en salvar a su hijastro, que es un buen mozo. Porque yo no soy tonta y me imagino lo que va a pasar: la señora, que es joven y muy guapa, terminará casándose con el hijastro... ¡Ya lo*

verás!

Como no estabas, te he escrito estas líneas, rogándote que me esperes. No te preocupes si tardo un poco... no volveré hasta tener los billetes en la mano... porque no quiero cheques. No soy tonta, ¿verdad?

Ya me imagino que habrás vuelto a perder, pero no te preocupes, Joe. Ahora podremos casarnos y te daré, cada semana, un poco para que juegues... pero sin exagerar.

Tenemos que guardar dinero porque una ocasión así no se presenta dos veces seguidas. ¿No te parece? Además, como la señora me quedará agradecida, he pensado para más adelante pedirle una colocación para ti en ese fabuloso negocio que tienen. No te asustes: le pediremos algo en lo que no tengas que trabajar mucho, pero que te proporcione un buen sueldo.

Espérame...

Tu Clara que te quiere cada vez más.

Joe tuvo que leer dos veces la carta para ir comprendiendo la importancia de lo que en ella se decía.

¡No, no era tonta Clara!

Ahora podía estar tranquilo y ya se imaginaba la cara de asombro que pondría Lucky cuando le viese sacar los mil créditos, entre otros billetes, ya que rogaría a Clara que le dejase unos cuantos para asombrar a sus amigos de juego.

¡Quince mil créditos!

Sonrió y encendió un cigarrillo, dispuesto a esperar a Clara todo el tiempo que fuese preciso.

Pero, poco a poco, a medida que pasaban las horas, fue inclinando la cabeza, rendido cada vez más por el cansancio y la fatiga nerviosa que le produjo la partida y sus incidencias.

Hasta que cayó vencido, sobre la mesa, en un profundo sueño.

* * *

Alguien estaba aporreando la puerta.

Joe se despertó sobresaltado. Tardó unos segundos en entrar en contacto con la realidad.

Al incorporarse sintió que le dolía todo el cuerpo, quizá por la posición forzosa en que había permanecido toda la noche. Luego, como seguían llamando con insistencia, gritó con rabia:

—¡Ya va!

Fue entonces cuando vio la carta de Clara, que seguía sobre la mesa. Movido por un instinto de prudencia lógico, ya que estaba seguro que su matinal visitante era Lucky, se guardó ésta cuidadosamente en el bolsillo y se dirigió a la puerta, que abrió.

La alta silueta de un policía apareció en el umbral.

—¿Joe Sawson?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Joe se hizo a un lado.

—Adelante.

El inspector de policía uniformado entró en la casa. Echó una ojeada alrededor suyo.

—¿Vive solo?

—No.

—¿Quién vive con usted?

—Clara Silver.

El policía preguntó:

—¿Su esposa?

—No, pero vamos a casarnos muy pronto.

El policía frunció el entrecejo.

Luego preguntó:

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Trabaja en el Majestic y a veces hace el turno de noche, aunque el suyo suele ser el de tarde: es camarera de piso.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Ayer a mediodía... ¿Es que ha ocurrido algo?

Pero el policía, sin contestar a la pregunta y sin dejar de mirarle, prosiguió su interrogatorio:

—¿Dónde estaba usted anoche?

—Estuve jugando a las cartas.

—¿Dónde?

—En el "Rimmy", junto a la Calle Sesenta.

—¿Hasta qué hora?

—Creo que eran las doce cuando salí de allí.

—Supongo que tendrá testigos de esa partida, ¿verdad?

—¡Desde luego!

El policía se pasó la mano por el mentón.

—Bien. Vamos.

—¿Adónde?

—Ya lo verá.

El coche estaba abajo y no tardaron más de ocho minutos en llegar a la Central.

Una vez en el edificio; el policía, que le precedía y guiaba, le llevó hasta el sótano, Allí abrió una puerta para que el hombre entrase el primero.

La estancia era pequeña y estaba casi totalmente ocupada por una enorme mesa de piedra, sobre la que había un cuerpo humano cubierto con un lienzo.

El policía tiró del lienzo de golpe.

—¿La reconoces?

Joe se llevó la mano a los labios, sintiéndose desfallecer.

Luego dijo con un hilo de voz:

—Sí. Es... ella... Clara...

—La hemos encontrado muerta en un descampado. Llevaba una cadenita con su nombre y el suyo y también con su dirección... ¿Por qué la has matado, Joe?

Sawson se volvió, mirando al policía con los ojos muy abiertos.

—¿Yo? ¿Qué la he matado yo?

El policía sonrió.

—Suponemos que no. Por el momento, Joe Sawson, puedes volver a tu casa, pero no se te ocurra salir de la ciudad sin permiso, ¿eh?

—No... no me moveré... ¡pero yo no la he matado, señor inspector!

—Bueno. ¡Lárgate ahora!

—Gracias.

Joe no se hizo repetir la orden dos veces. Salió de estampida de la Central y no se detuvo hasta que se halló lo bastante lejos para poder respirar libremente y dejar que su corazón recobrase un ritmo más normal.

¡Habían matado a Clara!

La cabeza le daba vueltas. Pensaba en todo, pero especialmente en la mala suerte que parecía ir persiguiéndole.

—¿Quién la habrá matado?

Hizo la pregunta en voz baja y se contestó que no cabía duda de que la pobre muchacha había cometido el error de hacerse sorprender por el asesino cuando fue a ver a aquella elegante señora.

¡Qué ocasión más maravillosa habían perdido!

Aunque...

Se llevó la mano al bolsillo. Sus dedos temblorosos tocaron la carta que seguía allí.

¿No era la carta una prueba tan buena como lo que Clara hubiera podido decir?

¡Desde luego!

Claro que él no iba a ser tan tonto como la muchacha. Tendría que reflexionar y, además, no obrar nunca solo, que esto fue lo que perdió a la joven.

La idea le penetró de golpe, haciéndole ver una solución que, además de ser estupenda, iba a hacer que la furia de Lucky, al que no podía pagar, se orientase hacia otra parte.

"Tengo que verle —se dijo—. Él tiene costumbre de tratar asuntos como éste y sabrá aconsejarme... ¿Qué me importa si tengo que partir los beneficios con él? Es la mejor solución que podía ocurrírseme, dadas las circunstancias...".

Y apretó el paso hacia el sitio donde sabía que encontraría a su amigo.

CAPÍTULO V



A puerta de la celda se abrió.

—Una visita para usted, Ritayit.

Charles levantó la cabeza.

Su aspecto había sufrido una honda transformación en los días que llevaba detenido y hasta entonces había estado incomunicado, sin ver más rostro que el del carcelero que, tres veces al día, le llevaba los alimentos.

Sin afeitarse, obligado a dormir con el traje, ofrecía un aspecto desastroso. Y lo que en realidad ocurría era que se había abandonado por completo, olvidándose de lo físico. De una manera un tanto exagerada se dedicó a levantar su moral, que estaba profundamente destrozada.

—¿Quién es?

—Una señora.

Charles se puso en pie, alisando inútilmente las arrugas de su traje; luego, mientras se pasaba desesperado la mano por la barba, el carcelero desapareció. Poco después volvió a abrir la puerta haciéndose a un lado para dejar pasar a la visitante.

La miró, extrañado, con una profunda sensación de duda, preguntándose qué podía haber hecho ir allí a la viuda de su pobre padre.

Ella se había detenido junto a la puerta.

—Tiene usted quince minutos, señora —dijo el carcelero.

—Muchas gracias.

El hombre cerró la puerta y las dos personas quedaron en la celda, frente a frente, mirándose como si se midiesen, sin osar romper el silencio que había caído sobre ellos después del ruido de la cerradura metálica al cerrarse.

Transcurrieron aún un par de minutos antes de que Dorothy, esforzándose a sonreír, rompiese la quietud de la celda.

—He venido a verle —dijo— porque estoy segura de que es usted inocente.

—Gracias, señora —fue todo lo que él acertó a decir.

Ella señaló entonces una de las banquetas.

—¿Puedo sentarme?

—Perdone —repuso él, pasando la mano sobre el asiento para limpiar el polvo que se había acumulado allí.

La mujer se sentó y él pudo ver cuán hermosa era. El traje sastre que llevaba le sentaba maravillosamente bien y el sombrerito hacia aparecer algunos cabellos rizados que se asomaban, rebeldes y encantadores, bajo él.

—Quiero ayudarle, Charles —dijo ella.

—Se lo agradezco mucho. En realidad, desde que me encerraron aquí, estoy como en el centro vertiginoso de una pesadilla... de un sueño atroz y loco.

—Lo comprendo.

Y después de una pausa continuó:

—Yo había pensado venir antes, pero no obtuve permiso hasta hoy. Y para ello tuve que hablar con Sam Teller.

La mirada de Charles se alegró un poco.

—¿Va a venir Sam?

—Sí. Vendrá después que yo haya salido de aquí. Quiero que él se encargue de su defensa.

—Gracias.

Siguió un nuevo silencio, tan embarazoso como los anteriores. Después la muchacha dijo:

—Charles, quisiera decirle muchas cosas... Quisiera hacerle patente lo que siento por usted, aunque nuestra situación, desde un principio, haya podido parecer tan equívoca como ridícula.

Charles preguntó:

—¿Por qué?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Yo comprendo lo que usted debió sentir al ver que la mujer de su padre era una como yo, joven... demasiado joven para él...

—Yo respetaba las decisiones de mi padre.

—Eso es cierto, pero no debemos ser hipócritas. Una mujer mayor no hubiera producido en usted el mismo efecto.

—Es cierto.

—Por eso hice que Emil se tratase en aquella costosa clínica. Cualquier precio me pareció bueno para que él, por lo menos, sintiese menos la diferencia de edad.

—Es muy loable su propósito, pero olvidó que el tratamiento iba a modificar la mente de mi padre.

—Yo no sabía nada. Le quería... aunque...

—¿Aunque qué?

—No puedo mentirle a usted, Charles; me avergonzaría de ello.

—¿Quiere, decir que se casó por su dinero?

Ella le fulminó con la mirada.

—¡No! ¡Eso no! Ya esperaba un reproche de esa clase. Yo tenía dinero, no tanto como él, pero sí el suficiente para vivir sin preocupaciones. No, Charles, no: yo no miré la fortuna de Emil para casarme con él. De eso puede estar usted seguro.

—Me gustaría estarlo.

Ella sonrió tristemente.

—Ya sé que no puedo convencerle, Charles. Es muy difícil para un hombre... sobre todo si ese hombre es como usted. Yo comprendo lo que siente y sé que no debo insistir.

Ahora fue él quien se encogió de hombros.

—Después de todo —dijo, con un tono de sincera amargura en la voz—, poco importa lo que digamos o dejemos de decir. Lo más probable es que me condenen a muerte.

—¡No diga eso!

—¿Qué puedo hacer para defenderme? Caí en la trampa y el asesino se estará riendo ahora de mi estupidez.

—Teller se encargará de defenderle y la policía dará con el culpable.

—Ya veremos.

Movida por algo inesperado, ella abandonó su rústico asiento y se acercó a él, poniendo una mano sobre su hombro. Después, inesperadamente, sus dedos hurgaron cariñosamente entre los revueltos cabellos de él.

Fue como si algo eléctrico le penetrase. Y, al mismo tiempo, sin poder evitarlo, vio ante él el cuerpo de su padre, al lado del lecho, con aquella mancha de sangre sobre el pecho.

Se levantó de un salto y se alejó de la mujer.

—¡No me toque! —gritó—. ¡No me toque! ¡Ya entiendo lo que se propone! Ya que el padre le falta... se dedica usted a conquistar al hijo... ¡Me da usted asco! ¡Es usted una mujerzuela indigna de ostentar el nombre que mi padre, en un momento de debilidad senil, tuvo la locura de darle!...

Ella había palidecido. Después bajó la cabeza. Luego se dirigió a la puerta y golpeó frenéticamente la chapa metálica que la cubría.

—¡Abran! ¡Abran! ¡Quiero salir!

No tuvo que llamar mucho, ya que el carcelero debía estar detrás de la puerta. Ésta se abrió y ella escapó, corriendo por el pasillo.

El carcelero miró a Charles, que estaba de pie, en el fondo de la celda; luego, encogiéndose de hombros, sin comprender nada, volvió a cerrar la puerta.

Charles se dejó caer en el camastro, con la cabeza entre las manos, más desesperado y solo que nunca.

Todo le daba asco y hasta sentía repugnancia de sí mismo. Cuando ella había entrado en la celda se había producido algo extraño en su alma.

Y era que la belleza de aquella mujer tenía algo de demoníaco, pero era al mismo tiempo tremendamente atractivo.

Sabía que había estado muy cerca de claudicar, sobre todo cuando ella le acarició los cabellos. Y ahora se daba cuenta de cuán poco había faltado para que la cogiese entre sus brazos y aplastase su boca contra la suya.

—¡Maldita! —rugió.

—¿Qué ha ocurrido, muchacho?

Asustado, levantó la cabeza y vio a Sam Teller ante él, mirándole, sonriente.

—¿Cómo ha entrado? —inquirió.

Sam dijo:

—Por la puerta. Lo que ha ocurrido es que estabas demasiado absorto para ver u oír nada...

Se había sentado y sacó un paquete de cigarrillos y dio uno al prisionero.

El abogado esperó a que el otro expulsase el humo.

Luego dijo:

—He leído el acta de acusación, Charles. Y no quise venir hasta haberla estudiado con detenimiento. Además el District Attorney se negó a dar permiso de visita hasta hoy mismo.

—Lo sé.

—Te lo ha dicho ella, ¿verdad?

—Sí.

—Y ¿qué ha pasado entre vosotros?

—Nada. No quiero hablar de ese asunto... ¡es una perdida!

—No hables así, muchacho. Comprendo tu reacción y la encuentro normalmente humana. Pero ella no es mala. Desde que te detuvieron no ha hecho más que ir de un lado para otro, intentando hacer algo por ti.

—¡No quiero que haga nada por mí!

—No te dejes llevar por la cólera, Charles. Dorothy te aprecia... de veras.

—¡Demasiado!

—Tergiversas, amigo mío.

—No lo crea, Sam. ¡Es el interés lo que la mueve!

—¿El interés? No. Me he informado y es rica, no mucho pero sí lo bastante para no tener que venir a pedirte nada.

—¿Y lo que heredará de mi padre?

Sam sonrió.

—¿Era eso lo que te daba vueltas en la cabeza, eh? ¡Debí suponerlo!

—Y ¿por qué no? Esa mujer, a pesar de lo que ha dicho, se casó con mi padre sólo por el dinero.

—No es cierto.

—¿Cómo está usted tan seguro?

—Porque tengo una prueba que te demostrará que no tienes razón.

—¿Cuál?

—Que tu padre no ha dejado ninguna clase de testamento en el que se mencione a su esposa.

—¿Qué quiere decir?

—Que el único testamento que existe te declara a ti heredero universal.

Charles lanzó una carcajada.

—¡Ahora comprendo! —exclamó, sin dejar de reír.

El abogado le miró con el ceño fruncido.

—¿Puedo saber por qué te ríes?

—¡Desde luego! Está más claro que el agua: ella empezó a conquistarme porque sabía lo del testamento. Y estoy seguro de que se dijo que, si lograba casarse conmigo, conseguiría lo que la muerte inesperada de mi padre le arrancó de las manos.

—Esa es la estupidez más grande que he oído en mi vida.

—¿Estupidez?

—Sí. Porque ella no tenía que haber perdido el tiempo contigo ni un solo instante, ya que si tú eres condenado a muerte, ella lo heredará todo, puesto que será la heredera legal de la fortuna vuestra.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Si esta muchacha tuviese interés en quedarse con el dinero, ¿para qué iba a haber perdido el tiempo yendo a buscarme e insistiendo para

que me haga cargo de la defensa?

Charles agachó la cabeza.

—Es cierto. Estaba como loco y no he pensado lógicamente.

—Naturalmente que has obrado de una manera absurda. Ella te aprecia, aunque me resisto a creer que haya intentado, como tú has afirmado, "conquistarte".

—Perdone, Teller. Me he dejado llevar por la rabia, por la desesperación. ¿La ha visto usted cuando salió de aquí?

—Sí.

—¿Estaba muy enfadaba?

—Bastante. Iba llorando.

—¡Pobrecilla! Querrá usted decirle que no deseo más que me perdone, ¿verdad? ¿Lo hará?

—Cuenta conmigo. Y ahora pasemos a lo que me ha traído aquí: tu situación.

—¿Cómo la ve, Teller?

—Mal. Todo está contra ti y al haber dejado las huellas sobre la pistola...

—Yo la cogí sin darme cuenta.

—Ya lo sé. Es una reacción que el asesino esperaba de ti. Pero, de todos modos, hay muchas cosas oscuras... —le miró fijamente—. ¿Por qué mataste a tu padre, Charles?

—¿Cómo? ¿Usted también? —saltó el joven—. ¿Cree que fui yo?

—Mira, Charles, entre nosotros, entre abogado y cliente, no puede haber tapujos. Yo vi que tú estabas furioso por lo que tu padre había hecho con los negocios y lo que pensaba hacer al liquidar el único y más importante que os quedaba. Tu reacción es lógicamente explicable y puede servirme para organizar la defensa...

—Pero...

—¡Déjame seguir! Tú fuiste a hablar a tu padre y os enfadasteis, la cólera se apoderó de ti y no pudiste contenerte.

—¡Pero si antes me dijo usted que el asesino pensaba en que yo cogiese la pistola!

—Antes estábamos hablando hipotéticamente, Charles. Ahora estamos hablando en serio.

—¡Yo no le he matado!

—Es una posición absurda, amigo mío. Ya comprenderás que con las pruebas que el Attorney posee en contra tuya, sería estúpido organizar una defensa a base de considerarte inocente. El jurado se reiría de nosotros.

—¡Pero si soy inocente!

El abogado se puso en pie.

—Tienes que reflexionar, Charles. Mañana volveré a verte y, si lo deseas, ella volverá también. ¿Qué dices a esto?

—Sí, quiero que venga. Pero, respecto a lo que usted decía antes, ¿cómo es posible que me crea culpable?

—Yo no creo ni dejo de creer, Charles. Soy un hombre de Ley y lo que intento es evitar que el juez y el jurado te condenen a muerte.

Charles bajó la mirada.

—¡Es imposible, Dios mío! ¡Yo no maté a mi padre y usted quiere que confiese un crimen que me horroriza sólo al pensarlo!

—Está bien, cabezota; está visto que he de explicarte las cosas media docena de veces. Imagina, si quieres, que no hayas matado a tu padre. Eso; desde mi punto de vista, no tiene importancia, ya que yo debo montar una defensa de la que he de obtener que se te aplique la menor pena posible. ¿Lo entiendes? Si me presento ante el jurado con un hombre que dice ser inocente, pero que fue sorprendido por la policía ante el cadáver de su padre, con la pistola en la mano, el arma que había causado su muerte, ¿qué crees que dirá el jurado? ¡Que estoy completamente loco! Pero si presento ante esos hombres y mujeres a un hombre culpable, arrepentido de haber cometido un acto terrible, al que le impulsaron sus sanos deseos de salvar un negocio, de defender unos intereses que su propio padre le había enseñado a venerar... ¡Entonces sí que tendré materia para convencerles! Y con un poco de suerte, demostrándoles que fuiste siempre un hombre de bien, un excelente hijo, comprenderán tu arrebato y conseguiremos un veredicto por parricidio por imprudencia, con atenuantes de muchas clases, sobre todo psíquicas, que harán que la pena que te impongan sea leve. ¿Entiendes, Charles? Todo lo hago para salvarte. Y debes comprender que, en esta clase de asuntos, yo tengo más experiencia que tú.

Charles había escuchado al abogado en un respetuoso silencio. Luego, cuando Teller terminó de hablar, el joven lanzó un suspiro. Y mirando al hombre de leyes a los ojos accedió:

—Está bien, amigo mío; voy a confesarme culpable.

CAPÍTULO VI


A joven era rubia, alta, con grandes ojos azules de una mirada inteligente. Hacía tres años había sido agregada a la sección de "Información" de la SIP, uno de los más curiosos departamentos de la famosa organización policíaca.

En realidad, la rubita no tenía un trabajo extraordinario; pero, de todos modos, su misión era de las más importantes de toda la organización.

Ante ella tenía una máquina de dimensiones colosales, que no era más que un cerebro electrónico de los llamados "asociadores-coordinadores". La máquina poseía además un mecanismo receptor que iba recibiendo los mensajes de todas las Policías del Mundo y las de los planetas conquistados hasta entonces. Todo acto delictivo de cierta importancia debía ser comunicado inmediatamente a la SIP, aunque ésta no interviniese en él, dejando que las policías locales lo resolviesen.

La máquina no se limitaba a procurar a la linda señorita una tarjeta con la comunicación exacta enviada por tal o cual policía, sino que archivaba los datos, relacionándolos entre sí, cuando tal cosa era necesaria. En este caso formulaba una ulterior información, esta vez en tarjeta de borde rojo, puesto que las noticias corrientes iban impresas en tarjetas con borde azul.

Aquella mañana, y mientras la rubita recibía, con intervalos regulares, informaciones varias, casi todas ellas de mínima importancia, la lámpara roja de la máquina se encendió para llamar su atención, dejando luego escapar el mecanismo una tarjeta con borde rojo.

La muchacha, a la que después de todo no interesaba el contenido de aquella tarjeta, se limitó a tomarla en sus dedos y dejarla caer en una ranura

que había a su derecha y que conducía directamente, por medio de un procedimiento neumático, al despacho de Donald Callowan.

Cuando éste, que fumaba uno de sus famosos habanos —hasta entonces no tenía entre manos ningún asunto que le impidiese hacerlo—, vio caer la tarjeta a su lado, extendió la mano y echó una rápida ojeada a lo que la cartulina decía:

> “Boston: Ha sido asesinado en su habitación del Hotel Majestic el conocido hombre de negocios Emil Ritayit. Su asesino, su propio hijo, ha sido detenido por la policía local.
>
> “Boston: El cadáver de una mujer joven ha sido hallado en un descampado de la ciudad. Se trata de la señorita Clara Silver, de veintitrés años de edad. Sus antecedentes son buenos, a pesar de que vivía con un tal Joe Sawson, jugador y vago profesional, aunque también sin antecedentes de interés. Su coartada ha sido verificada, y es legítima. La muerta, asesinada, trabajaba como camarera de piso en el Hotel Majestic de esta ciudad. Prosiguen investigaciones”.

No cabía la menor duda de que la máquina, el cerebro electrónico, había relacionado la coincidencia del “Hotel Majestic”. Y no era que la máquina fuese capaz de encontrar una posible relación entre ambos hechos; pero estaba visto que sus “asociaciones” eran formidables.

Callowan volvió a estudiar la ficha, pulsando luego uno de los numerosos botones, de todos los colores, que conectaban su interfono con la compleja red de dependencias de la SIP.

Una voz sonó sobre su mesa.

—¿Diga?

—Mándeme a Tom Slater; debe estar en la sala de judo.

—Enseguida, señor.

Callowan volvió a encender el habano que se le había apagado, entornando los ojos, ya que recordaba perfectamente a Emil Ritayit y se estaba preguntando qué motivos podía haber tenido su hijo para asesinarle.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Un hombre joven, de cabellos intensamente negros y ojos oscuros, amplia frente, nariz aguileña y boca de labios finos, apareció en el umbral. Cerró la puerta antes de avanzar hacia el despacho de su jefe.

—Siéntate, Tom —le invitó Donald.

El agente obedeció y sacó su pitillera para encender un cigarrillo. En el

despacho de Callowan nadie tenía prohibido fumar, pues él mismo lo hacía como una chimenea.

Donald esperó a que Tom Slater terminase de encender y luego le pasó la ficha y esperó a que la leyese detenidamente.

—¿Qué te parece? —Inquirió después.

—¿Habrá realmente una relación entre estos dos hechos?

—No lo sabemos, pero hay ciertas cosas que indican que es posible: fíjate en que además de que la muerta trabajaba en el hotel, fue asesinada el día después o casi la misma noche del día en que Emil cayó muerto en su habitación.

—¿Vería algo?

—Puede ser.

—Pero el asesino fue detenido por la policía. ¿Quién la mató entonces?

—Es para contestar a esas preguntas y a otras muchas más que vas a irte ahora mismo a Boston.

—Bien.

—Según recuerdo, ese hombre, Ritayit, se casó hace unos meses con una muchacha muy joven y fueron a vivir a Venus. Recoge todos los detalles que la policía de Boston pueda darte y haz una investigación a fondo, y me vas comunicando lo que vayas sabiendo.

—¿Y respecto a la muchacha?

—Ve a ver a su amigo y ahonda en él cuanto puedas.

—Aquí dice que tiene una coartada perfecta.

—Sí, pero no te fíes demasiado. Para un jugador profesional, una coartada se arregla bastante fácilmente. Entérate del dinero que tiene, de dónde lo ha sacado y si, como supongo, era la muchacha la que se lo proporcionaba.

—De acuerdo.

—Y no te olvides de hablar con la viuda, pero hazlo con tacto. Quiero saber lo que esa mujer piensa del culpable, de su hijastro, y si va o no a convertirse en la propietaria de los bienes del difunto.

—Está bien. ¿Nada más?

—Nada más. Mantente en comunicación conmigo. ¡Ah, otra cosa!

—¿Qué?

—Visita al detenido y habla con él. Entérate de quién es su abogado y de quién se lo ha buscado, y de si es que no es de oficio, cosa que me extrañaría.

—Así lo haré.

Tom se había levantado y estrechó la mano que su jefe le tendía. Momentos después, uno de los poderosos coches oficiales de la SIP lo llevaba

a toda velocidad hacia el aeródromo de Washington.

* * *

Joe terminó de pasarse la maquinilla eléctrica por el rostro, mientras hacía muecas ante el espejo para facilitar el paso del peine electrónico de la máquina. Luego pasó la mano por la piel sonriendo satisfecho.

Y podía estarlo.

Como esperaba, Lucky había recibido su visita con interés, y cuando leyó la carta que Clara había dejado en la casa, se quedó con ella, asegurando a Joe que iban a sacar mucho dinero de ella y que estaba de acuerdo con él en que Clara había cometido un error de principiante en el que de ningún modo caería él.

Ahora le estaba esperando y Joe arregló un poco la casa, mirando con desprecio cuanto le rodeaba, seguro de que muy pronto iba a poder permitirse vivir en un sitio mucho mejor y gozar de la existencia como no lo había hecho hasta entonces.

El timbre de la entrada le hizo correr hacia la puerta, en la que apareció Lucky, tan elegantemente vestido como siempre, con una camisa negra y una corbata blanca, que destacaba sobre el traje oscuro y de un corte impecable.

—¡Hola! —saludó, quitándose el flexible y lanzándolo, con una extraordinaria precisión, a la percha, donde quedó suspendido.

—¡Hola, Lucky! ¿Quieres tomar algo?

—Sí, pero nada de alcohol. Es demasiado temprano. ¿Tienes café?

—Sí, voy a preparar para los dos.

Lucky se dejó caer en el único sillón que había en la sala. Después sacó una elegante pitillera de la que extrajo cuidadosamente un cigarrillo, que golpeó contra el dorso de su mano izquierda, antes de encenderlo.

Joe volvió de la cocina, donde había puesto el agua a hervir.

—¿Has hecho algo? —preguntó, sin poder contener su impaciencia por más tiempo.

—Lo estoy preparando todo. Ya comprenderás que he tenido que estudiar detalladamente el asunto, pues no quiero caer en ninguna trampa. La chica en cuestión, la viuda de ese multimillonario, se ha trasladado a la casa de él, que ahora está vacía, pues el hijo está a “la sombra”.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, pero por teléfono. Le he dicho, claramente, que tengo una carta que puede demostrar que su hijastro no es culpable.

—¿Cómo lo ha tomado?

—Estaba loca de contenta. Me dijo que daría cualquier cosa por esa carta, ya que deseaba demostrar la inocencia del pájaro que está encerrado.

Los ojos de Joe adquirieron un brillo metálico.

—¿Dijo que daría “cualquier cosa”? —inquirió, pasándose la lengua por los resecos labios.

—Eso dijo: “cualquier cosa”. Yo le pregunté qué entendía ella por “cualquier cosa”, pero ella, que no es tonta, me rogó que le hiciera un resumen de la carta.

—¿Lo hiciste?

—Se la leí, haciéndome pasar por ti. Pero le advertí, por si acaso, que aquello no era más que una copia y que el original estaba bien guardado. ¿Comprendes?

—¡Eres un tío listo!

—Yo no me dejaré embaucar como tu amiga.

—¿Qué dijo ella?

—Entonces empezamos a hablar de negocios y yo le dije que la carta original podía ser suya si me entregaba doscientos mil créditos.

—¿Eh?

—¿Por qué pones esa cara, Joe?

—¿Te has vuelto loco? ¡Pedir una fortuna como esa!

—¿Qué creías? ¿Qué iba a cometer la idiotez de pedir, como Clara, una miseria?

—Te mandaría a paseo; estoy seguro.

—Nada de eso. Me dijo que sí.

—No es posible.

—Allá tú si no lo crees. Hemos quedado en partirnos el beneficio por la mitad, pero si tú no quieres más que lo que ibas a pedir por la carta...

—¡No, no! Me parece formidable lo que has hecho; sólo que jamás podía pensar que te atrevieses a pedir tanto. ¿Te dijo que daría ese dinero?

—Sí. Parece que está muy interesada por ese muchacho y quiere demostrar su inocencia a toda costa.

—¿No irá a casarse con él?

—Eso no nos importa, Joe. Al menos por el momento...

—¿Qué quieres decir?

—¿Has oído hablar de fotocopias?

—Sí.

—Pues antes de venir aquí he entregado la carta a un amigo mío, fotógrafo, que se está encargando de hacer una docena de ellas.

—¿Para qué?

—Muy sencillo. Cuando la dama “apoquine la pasta”, le entregaremos la carta y todos contentos. Poco después, cuando haya pasado un poco de tiempo, y según el cariz que tomen las cosas, podremos emplear una de las fotocopias.

—¡Pero eso es absurdo! Si ella va a demostrar la inocencia del muchacho, una vez éste esté en libertad, ¿para qué querrá ella las fotocopias? Te enviará a freír espárragos con ellas.

Lucky meneó la cabeza, sonriendo.

—No, amigo mío. Ya te he dicho antes que todo depende de cómo se desarrollen los acontecimientos cuando ese tipo esté en libertad. Imagínate por un momento que se casa y que ella —yo conozco a las mujeres mejor que tú— no quiere decirle que fue gracias a la carta que ella compró como el muchacho consiguió verse libre de la acusación que pesa sobre él. ¿Vas comprendiendo?

—Un poco.

—El resto es sencillo: ella, en realidad, está detrás del fortunón de ese pájaro. Se casa con él, pero teniendo cuidado de que jamás sepa que ella le salvó...

Joe exclamó:

—Pero ¿por qué? Yo creo que precisamente el saberlo le hará estar más agradecido hacia ella y quererla más.

—Lo que ocurre es que tú, Joe, has leído demasiadas novelas rosas. Fíjate bien: si la mujer le confiesa que ella le sacó de la cárcel, él puede sospechar, lógicamente, que lo hizo para casarse con él y, naturalmente, para disfrutar de la riqueza a su lado. ¿Qué ocurriría entonces? Él se daría cuenta del engaño y las cosas podrían terminar mal para la chica.

—¡Ahora sí que lo entiendo!

—Ya era hora. Así, guardando las fotocopias, podemos exigir más dinero amenazando a la muchacha con contar la verdad a su nuevo marido... ¿Completamente entendido?

—Sí. ¡Da gusto tener al lado un tipo como tú, que piensa en todo y al que no se le escapa ningún detalle!

—Es el oficio, Joe.

—¿Y cómo vas a hacer que te entregue el dinero?

—Muy fácilmente. Esta noche, ella, completamente sola, tomará un coche e irá a uno de los más céntricos locales de la ciudad: el “Harry’s”.

—¿Por qué precisamente allí?

—Porque no tengo ganas de que nadie me clave un cuchillo en la espalda.

—Sigue.

—El “Harry’s” es un salón donde cada tarde hay más de doscientas personas en las mesas y en la barra. Yo la conozco a ella, pero ella no me conoce a mí. ¿Te enteras?

—Sí.

—Iremos los dos. Las instrucciones que le he dado son las siguientes: Deberá llevar la pasta en billetes no muy grandes. Entrará en el local, beberá algo y después irá a la cabina número tres, donde hará como si telefonease, dejando el dinero en el fondo de la papelera que habrá allí como en cada cabina.

—Bien.

—Luego saldrá del local, tomará el coche e irá hasta la Calle Treinta y Seis.

—¿Por qué tan lejos?

—Déjame seguir. Ella sale del local y tú, con tu coche, vas tras ella para convencerte de que obedece lo que se le ha dicho. Mientras, yo entro en la cabina, cojo la “pasta” y dejo la carta en un sobre de plástico en el fondo del cesto, debajo de todos los papeles que haya. Ella regresa, coge la carta... y todos contentos.

—Te comprendo; pero hay algo que no entiendo aún.

—¿El qué?

—Parece como si sospechases de ella. ¿Es que la crees culpable de algo?

—¡No seas idiota, Joe! Esa chica no busca más que lo que todas: ¡el mejor marido posible y con cuanto más dinero mejor!

—¿Entonces?

—Si se tratase de negociar con ella libremente, no me complicaría yo tanto la vida. Hubiera ido a su casa y en paz. Pero después de lo que le sucedió a Clara, no quiero que nadie repita aquello. Porque debes ir metiéndote en la cabezota que el verdadero asesino no debe perder de vista a esa muñeca, y es precisamente para despistarle para lo que he montado el asunto de esa manera. Ella es una infeliz, pero él, quien sea, está dispuesto a que el hijo del muerto se reúna lo antes posible con su padre, lo que significaría que el caso quedaría cerrado definitivamente y, por lo tanto, el crimen impune. Date cuenta de que Clara cometió el error de dejarse ver en compañía de esa señora, y tal cosa le costó la vida. Con mi plan, nosotros estaremos a salvo, pues mientras tú la sigues, yo me apoderaré del dinero, dejaré la carta y me largaré de allí, y te esperaré en cualquier sitio.

—Me parece un plan estupendo.

—Está bien madurado y no creo que nada pueda fallarnos. El asesino, que ignora lo que pasa, la seguirá, cuando ella salga del “Harry’s”, ya que estoy completamente seguro de que no la deja ni a sol ni a sombra, sobre todo

después de lo de Clara.

—¿Tengo yo que entrar con ella en el local?

—No es necesario; en cuanto ella lo haga, tú sigues tu camino y vienes a reunirte conmigo.

—¿Dónde?

—En el aparcadero que hay entre las calles Doce y Once. Es un sitio tranquilo.

—¿Y crees que no me seguirán, si se dan cuenta de que voy detrás del coche de la mujer?

—¡No seas idiota, hombre! A la hora que la he citado, la circulación es muy intensa y nadie se dará cuenta de que vas tras su auto. Ya te he dicho que el asesino no se preocupará más que de la mujer.

—De acuerdo. ¡Qué ganas tengo que estar en el aparcadero, contando los hermosos tajos de billetes!

Lucky sonrió.

—También tengo yo ganas, Joe.

CAPÍTULO VII



STOY completamente segura de su inocencia! ¡No pudo matar nunca a un padre que le idolatraba!

Tom Slater, sentado en frente de Dorothy, contemplaba aquella magnífica dama, no comprendiendo aún cómo podía haberse casado con Emil, aunque fuese por su dinero, que, finalmente, al no dejar hecho testamento, había perdido definitivamente.

—Sin embargo —dijo, sin dejar de admirar la belleza de la muchacha—, la impresión que he sacado de mi charla con el Attorney no es nada halagüeña para Charles Ritayit. Su culpabilidad es tan clara que no sé cómo su abogado podrá sacar algo en limpio en el juicio.

—¡Tiene que salvarse! —exclamó ella, con una mueca de nerviosismo en el rostro.

Y como el agente de la SIP no dijese nada, preguntó:

—¿Es que no cree usted en la inocencia de Charles?

—Yo, señora, no puedo creer ni dejar de creer en ello. Aunque no es mi papel el de juzgar. Pero tendrá que convenir conmigo en que, si no asesinó a su padre, todo le acusa y el asesino debió obrar maravillosamente bien para escapar del hotel sin dejar huella alguna; porque de eso no podemos dudar ni un solo instante: los técnicos de la policía han repasado la habitación y el apartamento entero milímetro a milímetro, sin encontrar más huellas que las que debía haber allí: las de su esposo y las suyas, señora... además, naturalmente, de las pocas que dejó Charles y que son, desdichadamente para él concluyentes.

Dorothy preguntó:

—Y ¿cómo explica usted la presencia de la policía? Porque, si Charles mató a mi esposo, ¿no iba a ser él quien la avisase?

—Eso está perfectamente explicado, señora. Un botones oyó el disparo. Al principio creyó que se trataba de una botella de champaña. Pero, al recordar que no habían pedido ninguna en aquel cuarto, se alarmó, se lo comunicó al gerente, que fue quien llamó a la policía.

—Ya veo.

—Además, creo que perdemos el tiempo repasando los detalles del hecho. Sobre todo, cuando Charles Ritayit se ha confesado culpable.

Ella dio un salto, mirándole con horror.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó, temblando de pies a cabeza.

—Que su hijastro ha confesado haber matado a su padre en un momento de enajenación mental.

—¡Dios mío! ¡Pero si no es posible!

—Esos son los hechos, señora.

—¡No puede ser! ¡Charles no ha podido confesar un crimen que no ha cometido!

—¿Y quién lo ha cometido entonces?

—No lo sé. Además, ése es el deber de ustedes... ¡No pueden dejar morir a un inocente!

Tom creyó que había llegado el momento de tirarse a fondo.

—¿Sabe usted, señora, que en caso de muerte de Charles, pasará a ser la heredera universal de los bienes de los Ritayit?

Ella le miró, con los ojos desmesuradamente abiertos, con una tremenda incredulidad pintada en su rostro.

Luego estalló, gritando:

—¡Fuera de aquí, miserable! ¡Fuera!

—Pero...

—¡Márchese y no se atreva a poner los pies nunca más en esta casa!

Tom, plenamente convencido de que había cometido un error craso, que pondría furioso a Callowan, quien le había recomendado prudencia y finura en aquella entrevista, se levantó y fue hacia la puerta.

Y ella, que se había adelantado, para evitarle la molestia de abrirla, le dijo, cuando Tom pasó a su lado:

—¡Oiga usted, señor policía! Ya le he dicho que su deber es buscar al verdadero culpable. Porque si Charles es condenado y muere... ¡yo me mataré! Y cuando usted se entere de que me he suicidado, se dará cuenta, asqueroso personaje, de que lo que menos me importaba era el dinero en el que usted no deja de pensar... ¡Descubra al verdadero asesino o tendrá sobre su conciencia la muerte de dos inocentes!

Y cerró la puerta de un portazo.

* * *

Lucky, después de dejar a Joe a la puerta, no lejos del coche que les había llevado hasta allí, penetró en el "Harry's". Como pensaba, encontró un ambiente denso, una gran asistencia de público; casi la totalidad de las mesas estaban ocupadas.

Era lo que le convenía.

Entre tantísima gente, era muy difícil que el hombre que había matado a

Clara, la amiga de Joe, pudiera verle, contando además con que le conociese, cosa que le parecía de todo punto imposible.

Había llegado con diez minutos de anticipación, y se dirigió hacia la barra, se sentó en uno de los altos taburetes, desde donde pidió un “whisky”. Se inclinó, de modo a no perder de vista la puerta de la entrada.

Nuevos consumidores de ambos sexos penetraron en el local, haciéndolo a un ritmo bastante rápido, lo que obligó a Lucky a permanecer en un estado de tensión que, a pesar de su sangre fría, llegó a dominarle.

Y era natural que así ocurriese, ya que aquel iba a ser el golpe más importante de su vida. Y al pensar en los billetes que muy pronto tendría en la mano, se dijo que su buena estrella no había dejado de acompañarle y que verdaderamente había sido una suerte aceptar la apuesta al póquer de Joe, aquella noche, dando así ocasión a que el muchacho recurriese a él con la famosa carta.

Introdujo la mano en el bolsillo, acariciando el sobre de plástico donde la había colocado y diciéndose, con un esbozo de sonrisa en los labios, que parecía mentira que un papelito tan insignificante como aquel valiese tanto dinero.

Claro que todo había sido posible gracias a las ansias de aquella mujer por salvar a Charles Ritayit. La había visto fotografiada un buen centenar de veces en revistas y periódicos. Y había cortado muchos de ellos, recortando la foto para después, en la casa de Joe, examinarla y estudiarla de modo a poder conocerla cuando llegase al bar.

Consultó el reloj.

Faltaban solamente tres minutos para la hora, aunque habría que contar unos cuantos más, ya que las mujeres no suelen, salvo rarísimas excepciones, ser puntuales.

Pero ella lo fue.

Lucky la vio entrar, elegantísimamente vestida. La reconoció enseguida y se dio cuenta de que la belleza que poseía en las fotos de las revistas no era nada artificioso y ficticio, sino una verdad palpitante, y que podía verse al natural.

Muchos hombres de los que había acomodados a las mesas y en la barra siguieron con la mirada la silueta femenina de la joven. Ésta, sin hacer caso a aquel tributo que se hacía a su belleza, cosa a la que debía de estar acostumbrada, fue hacia el extremo de la barra, donde había menos gente y no muy lejos de donde se encontraba Lucky.

—Un escocés con mucha soda —pidió.

El barman le sirvió, y ella, mientras le pagaba, miró ansiosamente hacia las cabinas telefónicas. Se dirigió a ellas, sin terminar su bebida.

Penetró exactamente en la que Lucky le había indicado por teléfono.

Éste, apoyado en la barra, tuvo que hacer un esfuerzo para contener sus nervios, imaginando, con facilidad, lo que ella estaba haciendo en aquellos momentos en el interior de la cabina.

Pidió otro “whisky”, pues sabía positivamente que lo necesitaba. Y lo bebió de un golpe, sin agua, sintiendo una sensación agradable que entonó un tanto su nerviosa impaciencia.

La mujer salió de la cabina, y con paso rápido, pasando por el estrecho pasillo que la hilera de mesas dejaba, se dirigió a la salida por la que desapareció momentos después.

Lucky hubiera querido esperar un poco más, hasta convencerse de que ella se había ido de verdad; pero el temor a que alguien se le anticipase y pudiera descubrir lo que la muchacha había dejado en la cabina le hizo saltar rápidamente del taburete, corriendo casi hacia allá.

Lanzó un suspiro de satisfacción cuando cerró la puerta tras sí.

Pero se contuvo antes de inclinarse hacia la papelera. Descolgó el aparato y simuló llamar a alguien mientras miraba a través del cristal de la puerta.

Nadie le hacía caso, y convencido de ello, dejó el teléfono sobre su horquilla, se agachó para hundir sus dedos, ávidamente, bajo la capa de papeles de periódico que llenaba la papelera casi hasta los bordes.

Allí estaba el paquete.

Lo habían envuelto en una tela de plástico y sujetado con un ancho elástico. Lucky quitó este último y desdobló la tela, abriéndola por uno de los lados.

Su corazón empezó a latir con fuerza inusitada cuando dejó al descubierto los fajos de billetes, apretados contra sí y cuyo color era inconfundible.

Le hubiera gustado contarlos allí, pero el temor a que la muchacha volviese, le obligó a guardar el paquete en uno de los amplios bolsillos de su gabardina. Después sacó el sobre de plástico que contenía la carta y lo dejó en el mismo lugar que ocupaba momentos antes el paquete con el dinero.

Luego salió de la cabina.

Una simple mirada le convenció de que la gente seguía atenta a sus propios asuntos y que nadie le miraba especialmente a él. Atravesando el salón con paso decidido, llegó a la puerta y se dirigió hacia la más cercana parada de taxis. Tomó uno de los vehículos, ordenando al conductor que lo llevase al aparcadero donde estaba citado con Joe.

Durante el viaje no dejó de acariciar el paquete, que seguía en el bolsillo.

Todo había salido bien.

La operación había sido sumamente sencilla y ahora comprendía que sólo

una muchacha como Clara, inexperta en aquellas lides, podía haber cometido un error tan estúpido como el de obrar sin la necesaria seguridad, cayendo en una trampa que debía haber visto desde el primer momento.

El chófer exclamó:

—Ya estamos, señor.

—Bien.

Dio una buena propina al chófer y vio cómo se alejaba el vehículo avenida abajo.

El aparcadero estaba muy cerca, y en aquellos momentos se hallaba completamente desierto, abandonado por entero.

Era un cobertizo de muros y techo de cemento, donde podían albergarse con toda comodidad cerca de dos mil vehículos. La entrada era a ras de tierra, pues todo el aparcadero era subterráneo, y ahora estaba sumido en una oscuridad total.

Era lo que convenía a Lucky.

Penetró un poco y comprobó que la pendiente era áspera, cosa de la que jamás se había dado cuenta, ya que siempre entró allí en coche. Lo más curioso era que no había ni una sola columna en todo aquel inmenso espacio abierto, lo que constituía una verdadera maravilla de ingeniería.

Alejándose de la entrada, torció un poco hacia la derecha, hasta que se encontró en un sitio donde le pareció estar seguro. Encendió la linterna que en prevención había llevado, se sentó en el suelo, desdobló el paquete y empezó a contar el dinero con manos ávidas.

Sus ojos adquirieron un brillo codicioso a medida que iba amontonando los fajos de billetes. Jamás había tenido en sus manos una suma semejante y, a pesar de todo, nunca se le había pasado por la cabeza en engañar a Joe. Se daba cuenta de que sin él no hubiera ganado aquella fortuna y estaba dispuesto a repartirla con él, ya que estaba seguro de que el negocio no había terminado allí.

Cada vez que pensaba más en ello, se percataba de que su hipótesis tenía más fuerza y que era casi seguro que la mujer pagaría después para evitar que su marido supiese que ella le había salvado.

Sonrió.

Tenía la satisfacción de considerarse un tipo listo.

El ruido de un vehículo, que se detenía ante el aparcadero, le obligó a apagar la luz, poniendo la mano sobre los billetes que tenía extendidos ante él.

Su corazón empezó a latir con violencia, a pesar de que tenía la seguridad de que el vehículo era el suyo propio, conducido por Joe.

En efecto, momentos más tarde, una silueta, la de su amigo, se recortó

sobre el fondo luminoso de la entrada.

—¡Lucky!

—¡Estoy aquí!

—No te veo.

—Espera, voy a encender.

Apretó el botón de la linterna, permitiendo así que el otro se orientase, dijo:

—Mira, Joe... —dijo Lucky, encendiendo de nuevo la linterna y enfocando a los billetes que yacían sobre el suelo de cemento.

A Joe se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué te parece? —insistió el otro.

Joe exclamó.

—¡Madre mía! ¿Y... todo eso es nuestro?

—¡Naturalmente! ¿Te das cuenta de que tu amigo Lucky sabe lo que se hace?

—¡Eres un hombre extraordinario, Lucky! Nunca creí que esa mujer pagase tanto dinero. Hasta hace unos instantes, cuando la vi entrar de nuevo en el "Harry's", estaba plenamente convencido de que te habría pagado mucho menos dinero.

—¡No le hubiera dejado la carta y me habría llevado lo que dejase! ¿O crees que Lucky va a permitir que se rían de él en sus propias barbas...? Yo...

El ruido del vehículo que, de repente, penetraba en el aparcadero, cortó la palabra de Lucky, que se quedó mirando con horror al poderoso coche que acababa de aparecer y que, después de entrar, con luces de ciudad, dejó ver a un segundo que, con una hábil maniobra, se había colocado ante la puerta, cubriéndola casi por completo.

—¿Qué es eso? —inquirió Joe, cuyas piernas habían empezado a temblar.

—No lo sé... ¡cojamos el dinero!

Pero el coche que había penetrado en primer lugar encendió los focos en su máxima potencia, utilizando también un gran piloto que no tardó en verter su chorro de cegadora luz sobre los dos hombres.

El coche se puso en marcha.

Comprendiendo lo que iba a ocurrir, Lucky dejó caer los billetes que ya tenía en la mano y echó a correr hacia el fondo, pero gritando a su amigo mientras corría:

—¡Aprisa, Joe!

Joe no se movió.

En realidad, no comprendía lo que sucedía y, además, con las manos llenas

de dinero, de un dinero que jamás había visto en tanta cantidad y que ahora sabía positivamente suyo, no quiso separarse de él.

¡Allá Lucky si dejaba escapar tan hermosa oportunidad!

Estaba como ciego ante el peligro que se le echaba encima. Así, cuando el vehículo lo lanzó, como un muñeco destrozado, hacia un lado, Joe murió sin darse exacta cuenta de lo que había ocurrido.

El coche viró, orientándose gracias al piloto, y no tardando en tener al fugitivo dentro del haz de luz blanca, que le envolvió por completo.

Lucky corría desesperadamente, sabiendo que su única oportunidad era llegar al fondo, donde el techo tocaba casi con el suelo, en una gran extensión, lo que haría inútil el intento de atropellarlo.

El coche aumentó la velocidad, avanzando como una flecha.

El corazón amenazaba con saltar del pecho del fugitivo, que corría ciegamente, oyendo al coche que se lanzaba sobre él. Un poco después, cuando el ruido del motor llegó a sus oídos con una terrible claridad, fue cuando comprendió que no había nada que hacer.

Por eso, desesperado, intentó avanzar en un zigzag brusco.

Pero el conductor pareció adivinar sus intenciones. De un golpe brusco de acelerador, se le echó encima, justo cuando Lucky, muerto de terror, intentaba esquivar al vehículo moviéndose a la derecha.

No pudo hacer nada.

El parachoques le cogió de lleno, impulsándolo hacia el fondo del aparcadero como un bulto molesto.

Aunque al caer se destrozó la cabeza, Lucky no sintió ya nada. Porque, sencillamente, antes de terminar de describir la parábola que dibujó en el aire estaba muerto.

CAPÍTULO VIII



EÑORES del jurado... —la voz de Teller era patética—. Antes de que el Ministerio Fiscal formule su decisión acusatoria final, yo deseo, puesto que ésta es la última ocasión que tendré de dirigirme a vosotros, dejar en vuestra mente la idea clara de todo lo que empujó a mi defendido a cometer un acto del que ninguno de nosotros puede dudar que se haya arrepentido.

Se volvió, señalando a Charles.

—¡Miradle! —gritó, haciendo que todos los rostros se volviesen hacia el joven—. Se hizo cargo de los negocios de su padre y hemos visto desfilar por aquí a muchos testigos que nos han demostrado su manera de vivir, gente que trabajaba en sus oficina; y que saben que el joven Ritayit se dedicaba exclusivamente a sus negocios, no tomándose ningún descanso...

—¡Protesto, señor juez! —gritó el fiscal. Y acercándose al estrado dijo—: Todos esos testigos son empleados del acusado y, en modo alguno, pueden declarar contra él. Quiero hacer ver al jurado que la prueba testifical a la que alude el defensor no es válida...

—Aceptada la protesta.

Sam se mordió los labios.

—Está bien —dijo—; ya que no nos son admitidas pruebas testificales, utilicemos lo dicho por esos hombres, a los que escuchamos en momento oportuno, como mera referencia que ayuda a precisar la conducta moral de mi defendido. ¿Ninguna objeción por esa parte, señor fiscal?

—Ninguna.

—Muchas gracias. Veamos ahora lo ocurrido el día de autos; pero para ello precisamos antes algunos detalles que esclarecerán los motivos que pudieron impeler al joven Ritayit.

"Su padre, que había contraído matrimonio como todos sabemos, empezó a disponer de algunos negocios de los muchos que tenía. Realizó ventas importantes, mermando su fortuna, ya que muchas veces, las más, las operaciones fueron llevadas a cabo de una manera precipitada, no sacando de ellas el beneficio natural que podía esperarse.

"¿No era bastante esto, señores del jurado, para desesperar al joven

Charles, al que su propio padre había inculcado la idea de que los negocios eran sagrados, ya que todos sabemos de la manera que hizo su dinero el difunto Emil Ritayit?

“Empezó luchando desde abajo, privándose de todo lo necesario, ahorrando para desarrollar una brillante idea que se le había ocurrido. Pasó privaciones de todo género, hambre inclusive... Y desde que Charles tuvo uso de razón, su padre no dejó de hacerle ver todo lo que él había luchado, metiéndole en la cabeza el carácter sacrosanto de lo conseguido y el ineludible deber de defenderlo contra todo y contra todos.

“De repente. Charles se dio cuenta de que es su propio padre el que hunde lo que tanto trabajo le costó conseguir. Y no contento con suprimir excelentes negocios, se disponía a vender el principal, destrozando definitivamente cuanto había hecho...

—Protesto...

El fiscal se acercó nuevamente al estrado.

—Quiero hacer ver a todos —dijo— que los argumentos de defensa se salen de la órbita de la lógica, ya que el acusado debía haber respetado las ideas de su padre. Y en caso de mostrarse disconforme, ir a verle para que le explicase lo que se proponía. ¿Se han dado cuenta los señores del jurado de que durante los ocho meses de ausencia del padre, el hijo no le escribió ni una sola vez ni se comunicó con él de manera alguna?

Y después de una pausa, sabiendo que había obtenido el efecto apetecido, el fiscal prosiguió:

—Esto nos demuestra, sin lugar a dudas, que el joven tenía sus propias ideas sobre los negocios que su padre le había confiado. Convertido de la noche a la mañana en el único jefe, es lógico y hasta natural, que se creyese antes de tiempo dueño absoluto de todo. Y dejándose llevar por la ambición y el ansia de poder, no permitió que su padre dispusiese de lo que le pertenecía, esperando el momento para dominarle, con amenazas, y en caso de que no le escuchase, matarle... como lo hizo.

—¡Eso es absurdo! —protestó Teller—. ¿Qué iba a ganar mi defendido matando a su padre?

—Conseguir una pena mínima confesando su culpabilidad por un acto irreflexivo.

Sam miró al juez.

—¡Su señoría no puede permitir estas interrupciones constantes!

Pero el juez aclaró:

—El ministerio fiscal está en su derecho de impedir que la defensa cree equívocos a los ojos del jurado.

—Bien. Pero quiero decir que la carta presentada por la viuda, nuestro

documento testifical más importante, puede demostrar que Charles Ritayit es inocente...

Se había mostrado la carta, a la que en realidad casi nadie hizo mucho caso, sentado el importante precedente de la confesión de Charles. Y ahora, al sacar a relucir aquella carta, Teller obraba como si se considerase perdido, pasando de una defensa de un culpable, con confesión firmada, a la de un presunto inocente.

El juez frunció el ceño, mirando severamente al abogado.

Luego dijo:

—Recuerdo al abogado defensor que ésta es la primera vez, después de casi diez años de magisterio, que asisto al denigrante espectáculo de un cambio en la presentación de un caso, pasando de culpabilidad con posibles atenuantes, a pretendida inocencia. ¿Ha olvidado el señor abogado que tengo aquí, sobre la mesa, la confesión de su defendido debidamente firmada por él?

Teller estaba frenético.

—Perdone, señoría... yo...

Pero el fiscal no estaba dispuesto a perder la ocasión.

—¡Hay algo más, señoría! Aunque, por causas desconocidas, pudiéramos creer en una pretendida inocencia, basándonos en esa carta presentada a última hora, ¿hemos olvidado las fotos que los reporteros hicieron, en una de las visitas que la señora viuda de Ritayit hizo al acusado, en las que se les ve besándose como dos enamorados?

El escándalo estalló por doquier.

El fiscal, elevando la voz, cuando el juez consiguió mitigar un poco el griterío, continuó:

—¿Cómo podemos fiarnos de una prueba presentada por una mujer que, pocos días después de haber perdido al marido, asesinado por su hijo, se enamora de éste?

Nuevo estrépito.

—¡Silencio! ¡Silencio o desalojo la sala!

Pero la calma tardó unos minutos en imponerse.

El juez dijo:

—Un momento, señores del jurado. Considero que, después de tres días que ha durado la vista, hay tiempo más que suficiente para que ustedes hayan podido formar un juicio del asunto que nos ocupa. Y como veo que las controversias entre el ministerio fiscal y la defensa podrían alargar absurdamente esta vista, les ruego se retiren a deliberar, esperando con confianza plena que el veredicto será justo.

El jurado se retiró.

Volviendo a sentarse junto a Charles, el abogado gruñó en voz baja:

—¡No debimos presentar nunca esa carta, muchacho!

—Ya sé que ha sido contraproducente; pero ¿qué podíamos hacer? Ella obró con toda la buena fe del mundo.

—¿Y esos periodistas? ¿Cómo diablos pudieron fotografiarles a ustedes en momento tan inoportuno?

—No lo sé, amigo mío. Yo también me sorprendí, pero nunca me imaginé que las fotos fueran a jugar un papel aquí.

—¡Ese fiscal me ha hecho perder la cabeza! Pero no tengo yo la culpa, sino esa maldita carta que lo ha echado todo a rodar. De no haber sido por ella, jamás hubiera yo cometido la locura de intentar modificar mi defensa, presentándote de repente como inocente, olvidando, no sé cómo, que habías firmado por mi consejo una confesión de culpabilidad. ¡Estoy arruinado como abogado defensor! ¡Nadie recurrirá ya a mis servicios!

Charles sonrió.

—No se preocupe, Teller. Usted ha hecho cuanto ha podido por defenderme y yo le estoy agradecido.

—¡No digas eso! ¡He obrado como el último de los imbéciles!

Guardaron silencio, esperando unos minutos más, hasta que la puerta del fondo se abrió para dar paso a la larga hilera de los miembros del jurado, que fueron a ocupar sus asientos a la derecha del tribunal.

El juez golpeó la mesa con su martillo.

—Este tribunal —anunció— está dispuesto a promulgar sentencia en cuanto conozca los resultados de la deliberación del jurado. ¿Quiere ponerse en pie, jefe del jurado?

Un hombre delgado, joven, obedeció.

—¿Han deliberado ya?

—Sí, señoría.

—¿Y cuál es el veredicto del Jurado?

—Culpable, señoría.

Hubo un rumor que se apagó enseguida.

Todas las miradas se clavaron en los miembros del tribunal, que deliberaban ahora en voz baja, consultando algunos de los textos que tenían sobre la mesa.

Finalmente, el juez, tras un nuevo e impresionante martillazo, anunció:

—Este tribunal, legalmente constituido en la ciudad de Boston, condena a... ¡Póngase en pie, acusado!

Charles obedeció.

Y el juez repitió:

—Este tribunal condena... al acusado Charles Ritayit, acusado, convicto y confeso de parricidio en primer grado y sin eximentes de género alguno, a la pena de muerte. ¡Charles Ritayit! Morirás en la Cámara Electrónica, pasado mañana, a las siete de la mañana, ejecutado en nuestra Prisión Central. ¡Que Dios tenga piedad de tu alma!

* * *

Después de conferenciar casi durante toda la noche con Callowan, Tom Slater, que apenas si durmió un par de horas, preocupado por lo que el jefe de la SIP le había dicho, muchas de las cosas eran completamente nuevas para él, abandonó el hotel. En su coche se dirigió hacia la mansión de los Ritayit, ante cuyo porche detuvo el vehículo.

Una criada le condujo a una habitación en la que no tardó en aparecer Dorothy, cuyo traje negro parecía más intensamente oscuro que jamás. Su rostro estaba cansado y unos cercos morados hacían aún más grandes sus hermosos ojos.

Miró al agente de la SIP y le ofreció asiento.

—No le esperaba... la verdad sea dicha.

—Pues debía haberme esperado, ya que me amenazó la última vez que nos vimos con una cosa desagradable.

Ella se encogió de hombros.

—Olvidemos eso. Hablé en un momento de locura, pero sé que no puedo atentar contra mi vida, sino hacer lo imposible porque se salve la de él. He enviado un telegrama al Consejo Mundial y espero que haya allí más comprensión y humanidad que en el tribunal que juzgó al pobre Charles.

Tom preguntó:

—¿Sigue convencida de su inocencia?

—¡Por completo, y más que nunca!

—¿Estuvo en el juicio?

—Sí. Y nada me importó lo que allí se dijo de nosotros. La gente suele ser envidiosa y ver la felicidad del prójimo con muy malos ojos. Pero si me hubieran devuelto a Charles, me hubiera reído de todo lo que hubiesen dicho o pensado.

—En el fondo, me alegro de que haya cambiado de parecer respecto a lo que dijo en mi última visita. También deseaba yo pedir excusas... el afán profesional me cegó.

Ella sonrió tristemente.

—Todos nos equivocamos, señor Slater —dijo—. Pero una mujer debe ser siempre comprensiva y le aseguro de todo corazón que no le guardo ningún

rencor.

—Muchas gracias.

—Estoy esperando de un momento a otro la visita del señor Teller. Quiero pedirle un permiso, o que él lo solicite, para ver a Charles esta noche.

—No se lo concederán.

—¿Por qué?

—Porque nadie está autorizado a visitar a un condenado a muerte. Charles está en la celda y mañana será ajusticiado.

—¡Dios mío!

—Comprendo su dolor y lo comparto; pero le digo que, si hubiera tenido la mínima sospecha de su inocencia, hubiera removido tierra y cielos para salvarle. Pero las pruebas que se presentaron convencerían al más lerdo de los hombres.

—¡A mí no me han convencido! Porque nadie ha explicado la causa de la muerte de la camarera del piso, de la autora de la carta.

—La policía está segura de que se trata de un crimen pasional... Clara coqueteaba demasiado.

—¿Y la carta?

Tom sonrió.

—Señora, la carta hubiera desempeñado un papel muy importante en otras manos. Pero ha de comprender que usted no era, ni muchísimo menos, sobre todo después de las fotos que publicó la prensa, la más indicada para presentar esa carta.

La entrada de la criada, anunciando al abogado, cortó la conversación. Y momentos después, Teller, después de besar la mano de Dorothy, estrechaba la de Tom.

—¿Así que la SIP se había interesado en el asunto? ¡Debía haberlo supuesto!

—Hemos sido simples espectadores, señor Teller.

—Lo sé —y volviéndose a la muchacha, dijo—: Tengo algo muy importante que comunicarle, señora Ritayit.

—Yo me voy —dijo Tom.

—No —le rogó ella—. El señor Teller puede hablar ante usted. No puede tener tanta trascendencia lo que me diga.

—Pues la tiene, señora.

Dorothy preguntó:

—¿De qué se trata?

—Ha aparecido una copia del testamento hecho por Emil Ritayit, su

esposo.

—¿Eh?

—Sí. Uno de mis colegas me la ha presentado, y no hay duda alguna de su autenticidad. Toda la fortuna del fallecido Ritayit pasa a manos de un hermano suyo, que vivía en Europa, y que llegará aquí mañana.

La muchacha dejó oír una risa histérica, breve, pero llena de amargura.

No obstante, se dominó enseguida.

—Eso carece de importancia para mí. Pero ¿y su hijo? ¿Qué pensaba mi esposo de su hijo?

—Era su heredero universal.

—No entiendo.

—Verá: en el testamento que mi colega me ha enseñado y que está firmado por el difunto y cuatro testigos más, todos ellos vivos, se dice que los bienes, industrias y negocios de su pertenencia deben pasar a su hijo, y que sólo en caso de muerte de éste —lo que desdichadamente va a ocurrir—, su hermano Anthony será heredero absoluto y único.

—Lo siento... por Charles.

Teller sonrió.

—Es usted una mujer magnífica. Y me gustaría que la gente supiese qué poco le interesan a usted los bienes materiales.

—Con los míos tengo suficiente. Quiero que quede bien claro que el dinero de mi difunto esposo no me ha interesado jamás, y que sólo deseaba poder hacer feliz a Charles, del que estaba sinceramente enamorada.

CAPÍTULO IX



L hombre que bajó del Cohete Inter-continental en aquella mañana fría, era alto, fuerte, de cara amplia y sonrisa sincera. Sólo unos cuantos cabellos pajizos le quedaban sobre sus orejas, el resto de la cabeza estaba completamente calvo.

Iba vestido de sport, a la europea, y llevaba una amplia chaqueta moteada de gris y negro, unos pantalones grises, altos zapatos deportivos y una gabardina beige sobre el brazo.

Parecía haber cumplido ya los sesenta, pero se conservaba, no hacía falta más que verle, fuerte y juvenil, con el rostro curtido por el sol, lo que demostraba que debía llevar una vida sana, al aire libre.

El hombre se dirigió hacia la salida, después de entregar la documentación de su equipaje a uno de los empleados del espaciódromo. Al pasar por el hall vio colgado de uno de los paneles de un quiosco de periódicos el "Bay's Boston", cuya primera página estaba casi totalmente ocupada por una enorme fotografía de Charles Ritayit, sobre la que se decía, en gigantescos caracteres:

"Esta mañana, a las siete, ha sido ajusticiado Charles Ritayit, acusado de haber dado muerte a su padre...".

El hombre frunció el entrecejo.

Temía a los periodistas y por eso había llegado desde Europa en incógnito, limitándose a enviar un cable a la viuda de su hermano, única persona con la que deseaba verse, evitando toda enojosa publicidad por su

llegada a Boston.

En efecto, cuando atravesaba el hall, los altavoces se dejaron oír:

—Se ruega a “Anthony” vaya al aparcadero especial B, donde un coche le espera.

El hombre sonrió.

Habían sido seguidas todas sus instrucciones para eludir a los reporteros, que le hubieran acosado con toda seguridad nada más poner pie en tierra.

Momentos después se detenía, ante el aparcadero B, al lado de un coche magnífico, cuyo chófer abrió la portezuela, quitándose la gorra.

Ella estaba en el interior.

Se estrecharon la mano y Anthony dijo, amablemente:

—Me alegro de verte, cuñada... ¿porque espero que podré tutearte?

—¡Naturalmente, Anthony! ¿Has hecho buen viaje?

—Muy corto. ¡Hacía tanto tiempo que no venía a Boston!

Ella le miraba, mientras el coche atravesaba rápidamente la ciudad.

—Lástima —dijo la muchacha— que hayas tenido que venir en estas horribles circunstancias.

—Desde luego. Acabo de ver los periódicos en el hall del astrodromo.

—¡Es espantoso!

—Yo estaba en una región alejada, donde he montado una hermosa granja avícola. Allí no llegan noticias, ya que ni tiempo tengo de echar una ojeada al televisor. Mis empleados y yo vivimos como gente del campo, levantándonos antes del alba y acostándonos muy temprano. Por eso no me enteré de lo ocurrido hasta que me enviaron el telegrama... fue un tal Tuller o Taller...

—Teller, Sam Teller: es el abogado de la familia.

—Entonces supe que Emil había muerto y después, mientras me dirigía a Berlín para tomar el Cohete Intercontinental, de una manera parcial, me enteré de que había sido Charles...

—¡No ha sido él!

Anthony frunció el ceño.

—¿Cómo te atreves a decir eso, Dor?

Dorothy dijo:

—No lo sé. Todavía me parece mentira... pero yo no he cesado en considerar a Charles inocente.

—La ley puede equivocarse, pero no creo que en este caso...

—¿Quieres que cambiemos de tema, Anthony?

—Tú mandas...

—Además, hemos llegado.

Bajaron del coche y él emitió un silbido al mirar la mansión.

—¡Vaya casa!

—¿No habías venido nunca aquí?

—No.

—Pues ahora es todo tuyo... —dijo ella, lanzándole una mirada de reojo.

—Ya lo sé, ya lo sé... —repuso él, asintiendo con la cabeza.

Entraron en la casa.

Una vez acomodados en la salita de estar, Dor ordenó que les preparasen el desayuno. Y mientras lo consumían dijo:

—Quiero hablar contigo, Anthony...

Él la miró.

—Habla. Te escucho.

—Quiero decirte que no te molestaré mucho.

—¿Molestarme? ¿Qué clase de tonterías son esas, Dor?

—No son tonterías, sino la verdad. Tendrás que soportarme un par de días. Prepararé todas mis cosas y me iré.

—Pero ¿por qué vas a irte? ¿Es que no es esta también tu casa?

—No has hablado con el abogado, ¿verdad?

—Bien sabes que no. He venido directamente aquí.

—¿No te ha dicho nada?

—Sólo que debía presentarme inmediatamente aquí.

—Pues te han llamado para decirte que Emil te lo ha dejado todo; tú eres su único heredero.

—¿Eh? ¿Y tú?

—A mí no me ha dejado nada.

Anthony lanzó una carcajada.

—¡Ese Emil! ¡Siempre le dije que iba a estropearse la cabeza, con tantos negocios! ¡Mira que no dejar nada a su mujer! —la miró, intensamente—. No tienes que preocuparte, Dor; todo lo que yo tengo está a tu disposición.

—Eres muy bueno, Anthony...

—Y tú muy hermosa.

Ella bajó los ojos.

Y él, después de un corto silencio, que aprovechó para encender un cigarrillo, dijo:

—Mira... yo no soy un hombre tan educado como mi hermano, ni tan culto como mi pobre sobrino. Ellos eran “gentlemen”, caballeros de pies a cabeza. Yo no soy más que un hombre rústico, que se ha pasado la vida criando gallinas... Ni tengo educación ni maneras, ni nunca me preocupé por cosas así.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me gusta andarme por las ramas; pero, de todos modos, para hacer una excepción hoy, voy a preguntarte algo que me trae de cabeza desde

que leí todo este enojoso asunto.

—Tú dirás...

—¿Es cierto que mi hermano rejuveneció hasta el punto de parecer un hombre de cuarenta años?

—De treinta. Mira, aquí guardo unas fotos de Venus.

Se las mostró, y Anthony abrió los ojos como platos.

—¡Pero si parece imposible!

—Pues es cierto.

—Es fantástico. Si no me dices que es Emil, nunca lo hubiera creído. Oye, Dor, en confianza, ¿crees que yo podría hacer algo parecido? No me importaría parecer un poco menos joven que Emil.

—Parecerías igual.

—Entonces ¿es posible?

—Desde luego.

—¿Y tú me llevarías a ese sitio?

—¿Yo? ¿Por qué precisamente yo?

—Ya ha llegado el momento de poner las cartas boca arriba. Mira, muchacha... yo ahora puedo parecerte un hombre viejo, aunque estoy fuerte como un toro... pero después de haber visto estas fotos, estoy seguro de que me verás con mayor placer cuando me rejuvenezca.

—Pero...

Anthony dijo:

—¡Déjame seguir! Yo me he dado cuenta, mientras venía para acá, de que he malgastado estúpidamente unos años preciosos. La verdad es que el dinero de mi granja, y no vayas a creer que es poco importante, iba a ser destinado a Charles... ya que yo idolatraba a ese muchacho. Pero, como por desgracia tal cosa no puede ser, creo que lo mejor es beneficiarse de esa nueva posibilidad que gracias a ti he conocido...

“No, no digas nada. No me mires ahora con ningún interés, porque, sencillamente, no te creería. Cuando salga de esa clínica, hablaremos. Entonces sí que me atreveré a decirte las cosas que ahora me parecen tan ridículas como fuera de lugar...

Ella le miraba, sorprendida.

Y Anthony dijo:

—Te parezco ridículo, ¿verdad?

Dorothy se levantó, acercándose a él:

—¿Ridículo? —dijo con una voz cargada de entonaciones suaves—. ¡Nunca, Anthony! ¡Eres el hombre más sincero que he visto en mi vida, el menos hipócrita!

—Gracias, pequeña.

—Y quiero decirte algo más: si fueses el hombre más pobre del mundo y

no pudieras volver a esa juventud que tanto ansías...

—¿Qué entonces?

—Me sentiría igualmente atraída hacia ti.

E inclinándose sobre él, acercó su rostro al del hombre, ofreciéndole generosamente los labios.

* * *

La poderosa astronave se estaba posando en el inmenso astropuerto de Venus.

Cogidos del brazo, Anthony y Dorothy bajaron por la escala tendida, parpadeando ante el sol fuerte que caía sobre ellos.

Habían viajado de incógnito riguroso, desapareciendo de Boston sin que nadie se diese cuenta. Anthony había dejado al cargo de los negocios que ahora le pertenecían a uno de los empleados más capaces, abandonándolo todo, por el momento, para seguir a la mujer que, además de felicidad, iba a procurarle la vuelta a la juventud.

—Es raro —dijo, mientras el helibús les llevaba a la ciudad— que esa doctora Butler no sea más conocida.

—Es que no desea publicidad. Ya verás que es joven y muy bonita.

—No tanto como tú.

—¡Tonto!

Se detuvieron en el hotel mejor de la ciudad y almorzaron juntos. Después se prepararon para ir a visitar a la doctora.

Mientras comían, Anthony se mostraba inquieto.

—No puedo dominarme —dijo, con una sonrisa—. Estoy como un chiquillo que estrena un traje nuevo.

—No debes preocuparte.

—¿Tardarán mucho en terminar conmigo?

—Unas tres semanas, ya que además de las operaciones pequeñas de cirugía estética, te aplicarán un tratamiento de hormonas.

Él frunció el entrecejo.

—Lo raro es que cuando murió mi hermano, según leí en el periódico, volvió a recobrar su aspecto de antes de la operación.

—Debió de producirse al dejar de actuar las hormonas.

—Seguramente.

Después del almuerzo, alquilaron un coche y se dirigieron a la clínica, que estaba situada en las afueras de la ciudad.

—Es más pequeña de lo que había imaginado —dijo Anthony.

En efecto. Se trataba de una casita de dos plantas, rodeada por un amplio jardín que, a su vez, estaba delimitado por un muro alto.

—No olvides —explicó ella— que la doctora Butler no se dedica a

rejuvenecer gente, y que su trabajo es sólo de investigación.

—Entonces ¿crees que se querrá ocupar de mi caso?

—Claro. La conozco desde hace muchísimo tiempo y no me negará nada.

—¡Eres un ángel!

Una vez en el interior de la clínica, esperaron unos instantes en una salita limpia y coquetona. Hasta que la puerta se abrió, dando paso a una criatura lindísima, enfundada en una bata blanca.

Estrechó la mano de Dorothy, con una sonrisa.

—¡Encantada de volver a verla, señora!

—Gracias, doctora, igual me ocurre a mí. Voy a presentarle a mi prometido, el señor Anthony Ritayit.

El hombre estrechó la mano que le tendían.

—Ya me enteré de sus desgracias —dijo la doctora, dirigiéndose a la joven—, pero creo que deseará olvidarlas.

—Gracias por su perspicacia.

—Hagan el favor de seguirme.

Les hizo penetrar en un amplio despacho y les invitó a tomar asiento.

Luego dijo:

—Señor Ritayit... yo no me dedico a estas cosas de rejuvenecimiento.

—Ya lo sé, doctora.

—Mis trabajos científicos son los que me absorben la mayor parte de mi tiempo. Claro que estos trabajos cuestan mucho y, de vez en cuando, excepcionalmente, he de sacar algún dinero para poder proseguirlos.

—Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—Muy bien. El tratamiento total le costará unos quinientos mil créditos.

—Me parece una cifra razonable.

—Mejor así. Usted me parece mucho más fuerte que su hermano, y eso quiere decir que el tratamiento se hará de una manera más rápida. Voy a tomar sus datos personales y luego pasaré a una habitación en la que el doctor Liber, mi ayudante, le hará los análisis y biopsias que necesitamos para empezar el tratamiento.

—Estoy a su disposición.

—Bien —tomó una ficha y después de poner el nombre, preguntó—: ¿Edad real?

—Cincuenta y seis.

—¿Enfermedades padecidas?

Y el hombre empezó a hablar

CAPÍTULO X



OS hombres se adelantaron, protegiéndose en las sombras de la noche.

Tom Slater, que iba a la cabeza, hizo un gesto, ordenando que se detuviesen.

Luego, dirigiéndose al que le seguía, recomendó:

—¿Recuerdas todas las instrucciones?

—Todas.

—Yo voy a penetrar, orientándome hacía donde ha comunicado el jefe. No haced nada hasta no recibir la señal.

—De acuerdo.

Separándose del grupo, Tom avanzó y trepó por un árbol para terminar dejándose caer blandamente sobre la bien cuidada hierba del jardín.

El silencio y la oscuridad eran completos en aquella casa.

Orientándose gracias a la comunicación recibida poco antes, el joven agente de la SIP alcanzó uno de los lados de la fachada, trepando, como un simio, por la enredadera que el caprichoso arquitecto había imitado en piedra y que, en aquellos momentos, le sirvió perfectamente para sus propósitos.

El tragaluz de la buhardilla le sirvió después para penetrar en el edificio.

El silencio y la oscuridad seguían reinando por aquella parte de la casa.

Moviéndose con cuidado, Tom encendió la minúscula pero potente linterna que llevaba, orientándose fácilmente. Momentos más tarde, pasó por una escalera casi vertical, hasta descender sobre un rellano que, además de dar a la escalera principal, abocaba a un pasillo larguísimo, que ocupaba un ala del edificio y que se prolongaba hasta el fondo.

Avanzó por el pasillo y llegaba ya a su mitad cuando un ruido de pasos en la escalera le hizo pegarse a la pared. Después pensó a toda velocidad qué podía hacer. Por último se decidió por penetrar en una de las habitaciones que, por suerte, cómo pudo comprobar con la linterna, estaba completamente vacía.

No obstante, antes de volver a cerrar la puerta con todo cuidado, oyó unas

voces, ya casi en el pasillo: una de hombre, que habló primero, y otra de mujer que contestaba.

—¿Está todo preparado? —inquirió él.

—Sí —repuso la mujer—, le he dado el soporífero y estará ya profundamente dormido.

—No habrá necesidad de transformación esta vez, ¿verdad?

—No. ¡Se acabaron las comedias! Vamos a conseguir lo que deseamos, sin necesidad de tanto sacrificio...

Tom cerró la puerta, sin ruido.

* * *

El hombre y la mujer avanzaban por el pasillo y se detuvieron ante la última puerta de la derecha. Ella la abrió y penetraron en una habitación grande, con un lecho, un armario y varios muebles auxiliares, así como unos cómodos butacones en las esquinas.

Anthony Ritayit yacía en el lecho, dejando oír su profunda y rítmica respiración.

El hombre y la mujer avanzaron hacia el lecho.

—Está profundamente dormido —dijo ella.

—Sí —asintió el hombre—. Ha llegado el momento de inyectarle "neurosina".

—¿Le vas a poner mucha dosis?

—Tres ampollas.

—¿Tanto?

—No te preocupes. Tenemos que conseguir que obedezca todo lo que se le diga durante la hora que seguirá a su despertar. Luego, si muere, no nos importa nada. ¡No quiero que vayamos a cometer más errores!

—Tienes razón.

—Hasta ahora no hemos hecho más que perder el tiempo. Dorothy es demasiado blanda y no me dejó llevar a cabo mis proyectos. Tuve que intervenir desagradablemente algunas veces, sin tener necesidad de ello. ¡No quiero fallar ahora!

—Estoy de acuerdo contigo.

—Dame el estuche. Voy a preparar la inyección...

Ella abrió el pequeño maletín profesional que llevaba, y sacó lo que el otro le había pedido. El médico rompió las ampollas y cargó su contenido en la jeringuilla que tenía preparada.

—¿Firmará con facilidad? —inquirió la mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Que el documento ha de estar debidamente firmado y rubricado. No olvides que Teller, según dice Doro, es un abogado muy exigente.

—No te preocupes. No habrá peligro alguno de que se den cuenta. Ya te he dicho antes que no pensaba cometer ningún error...

Y se acercó al lecho.

Fue en aquel momento cuando el "paciente" se sentó, de repente, en la cama, exhibiendo una pistola grande, que debía de haber tenido oculta bajo la almohada.

—¡El error ya lo habéis cometido, amiguitos! —dijo, sonriendo.

La doctora dio un grito, llevándose las manos a la boca. En cuanto al médico, se mordió los labios, pero mantuvo la jeringuilla en la mano, y sonriendo merced a un esfuerzo de voluntad que se consiguió imponer.

—¿Qué significa esto, señor Ritayit? —inquirió.

—Que, como decía antes, la comedia ha terminado.

—No le entiendo.

—Pues lo comprenderá enseguida, cuando le diga que no soy Anthony, que, en realidad, jamás ha existido, ya que Emil no tuvo ningún hermano. Soy Donald Callowan, de la Spacial International Police.

Y Donald Callowan se llevó la mano izquierda a los labios.

El hombre no supo lo que el otro hacía, pero comprendió, no obstante, que aquello significaba un peligro inminente. Sin dudarlo, apretó el émbolo de la jeringuilla, apuntando con ella al rostro del policía.

Callowan lanzó un rugido.

El líquido le quemó los ojos y se maldijo de haber perdido aquel detalle tan importante de vista.

El médico se abalanzó hacia él, intentando quitarle la pistola, que Callowan, a pesar de su ceguera momentánea, seguía esgrimiendo con todas sus fuerzas.

Y fue entonces, en el mismo momento en que la doctora había sacado un bisturí de su maletín y se lanzaba sobre Callowan con intención de apuñalarle, cuando la puerta de la habitación se abrió, dando paso a Tom, que disparó a las piernas del médico, amenazando después con la pistola a la doctora.

—¡Uf! —respiró Callowan, sacando un pañuelo y limpiándose los ojos—. ¡Cómo escuece ese líquido! Menos mal que oíste mi silbido. Estos pitos de infrasonidos sirven para mucho. Tenemos que dar gracias al doctor Sullivan que los inventó. Y después de una pausa ordenó—: Llama a los otros, Tom. Esto ha terminado.

* * *

El coche de Callowan se detuvo, días más tarde, ante la mansión de los

Ritayit.

Tom Slater le acompañaba.

Un ayuda de cámara les abrió la puerta.

—Soy Donald Callowan —dijo el jefe de la SIP.

—Pase, señor Callowan. El señor les está esperando.

—Gracias.

Les condujeron al salón que Tom conocía ya. Y poco después, un hombre penetraba en la estancia.

¡Charles Ritayit!

El joven estrechó la mano de los dos hombres de la SIP, ofreciéndoles unos asientos después y ordenando al ayuda de cámara que preparase unas bebidas.

Cuando los vasos fueron servidos y Donald hubo encendido uno de sus famosos habanos, Charles rompió el silencio:

—¡No puedo más, señor Callowan! Esta situación va a ponerme enfermo.

—No se preocupe. Ya he dado orden al departamento de propaganda de la SIP para que se curse un largo informe que será difundido por la prensa, la radio y la televisión de todo el mundo. Sé que tiene usted clientes en todas partes y hay que comunicarles que usted no murió en la Cámara Electrónica. Pero era necesario hacerlo. En este asunto, hemos tropezado con delincuentes de una gran inteligencia, hábiles como demonios, que se nos escurrían de las manos como serpientes.

—Todavía no entiendo nada —confesó el joven.

—Por eso he venido aquí. Voy a explicárselo todo, empezando por el principio.

Y después de dar una chupada al habano, dijo:

—La cosa empezó cuando tres hermanos: Dorothy, Evelyn y Richard Cook, ya ve usted que la única que conservó el verdadero nombre fue la primera, pensaron montar un asunto ingenioso, muy bien ideado, que ha estado a punto de dar al traste con nuestros esfuerzos.

“De los tres hermanos, Evelyn y Richard eran médicos. De una familia muy acomodada, se criaron juntos, siendo bien educados. Cuando los padres murieron, en Venus, los tres hermanos seguían juntos, y Doro habitaba con los otros dos en una clínica que éstos habían montado en los alrededores de Venusville.

“El plan de los hermanos Cook se puso en marcha varias veces, con completo éxito, pero se dedicaron, quizá por el temor de todos los principiantes, a caballeros cuya riqueza era relativa y que, preferentemente, no tenían familia. Su manera de obrar era siempre la misma: Dorothy, la belleza

de la familia, era el cebo, el anzuelo. Una vez conseguida la presa, ella hablaba a su futuro marido de una clínica donde le convertirían en un jovencito, quitándole la mitad de sus años de encima.

"¿Quién podía resistir a tal tentación? Desde el mito de Fausto, los hombres no han cesado de imaginar elixires mágicos, maravillosas aguas para vencer al único fantasma que verdaderamente les aterra: la vejez.

"Nada más fácil que conseguir que un hombre de cierta edad quiera convertirse en joven, sobre todo si se lo pide una maravillosa criatura que le promete, en aquel momento, ser su esposa.

"Todo salió bien y los hermanos Cook sacaron dinero, ya que después de obligar al incauto a firmar documentos, gracias a una droga fortísima, lo mataban y enterraban... para después empezar con otro.

—¡Qué horror!

—Claro que la vida reserva siempre sorpresas. Y para los hermanos Cook, la sorpresa completa fue su padre de usted.

Una pausa; luego:

—Su padre cayó en el cepo como los otros; pero cuando la intimidad con Dorothy se lo permitió, le dijo, que tenía un hijo al que amaba por encima de todas las cosas. Eso no intimidó nada a la aventurera, que consiguió llevarse a su padre a la clínica, donde se le aplicó el mismo método que a los otros.

"Pero el fracaso empezó cuando ellos se dieron cuenta de que la droga anuladora de la voluntad no acababa de dominar a su padre. El señor Ritayit había sido un hombre que luchó como nadie, y su voluntad no se plegaba, así como así, a las drogas. No pudieron obtener que firmase ningún documento a favor de su esposa y se vieron obligados a modificar por entero sus planes.

"Fue entonces cuando se impuso la necesidad de rejuvenecer verdaderamente a su padre, al tiempo que forjaban un plan diabólico para suprimir al hijo, puesto que no habiendo hecho testamento legal, todos los bienes recaían sobre usted.

"Naturalmente, como era falso lo del rejuvenecimiento, hicieron una intervención estética al hermano de las muchachas, a Richard, dándole una cierta apariencia de lo que Emil podía haber sido treinta años antes. Y los dos hermanos, disfrazados de mujer y marido, llegaron a Boston, después de disponer, con entera libertad, de ciertos negocios secundarios, cuya venta firmó su verdadero padre, cuando le dijeron que iban a matarle a usted si no lo hacía.

"De modo que el hombre al que saludó usted en el espaciódromo de Boston no era su padre, sino el hermano de aquella diabólica muchacha, que usted podía llamar madrastra. Pero ellos se habían traído también al verdadero Ritayit, en estado de hipnosis, ya que lo necesitaban para llevar a cabo sus planes.

—¡Pobrecillo!

—Usted fue a ver a su padre, pero éste estaba ya muerto cuando usted entró en el apartamento del hotel Majestic. Richard acababa de matarle, suprimiendo así dos peligros; es decir, tres: tener que seguir haciéndose pasar por él, lo que era sumamente peligroso, eliminarle a usted y hacer desaparecer a aquel formidable testarudo que había resistido a las drogas.

—Comprendo.

—Pero la comedia no había terminado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ellos necesitaban que la viuda de Emil quedase en buen lugar. Así empezó la comedia de su interés por usted. Claro que la aparición de la camarera estuvo a punto de darles un disgusto. Por suerte para ellos, descubrieron a tiempo a Clara y la suprimieron. Pero ignoraban la existencia de la carta que había dejado a Joe y estuvieron a punto de perder de nuevo la partida.

"Claro que no podían permitirse dar un paso en falso. Así eliminaron a aquellos dos chantajistas, como hubieran eliminado a cualquiera que se hubiera puesto en el camino que les llevaba a adueñarse de la fortuna de los Ritayit.

—Ahora lo entiendo.

—Le falta algo. Ya comprenderá, que la presentación de la carta jugaba un fatal papel en el juicio contra usted y que después de afirmar que era culpable, la presentación, de ese documento era fatalmente echarle a usted la soga al cuello.

"Pero nosotros teníamos ya nuestro plan. Así, en cuanto nos informaron de la muerte de Clara, supusimos que tenía que haber una relación estrecha entre los dos asesinatos. Hablamos con Teller y ordenamos a los jueces que lo condenasen. Pero de esto tuvo usted la culpa.

—¿Yo?

—Sí, nuestro plan era el de dejarle a usted libre y poder investigar a fondo en la vida de esa mujer, descubriendo lo que después hemos sabido. Pero usted se había enamorado como un chiquillo...

—Es cierto.

—Ya comprenderá que los dichosos hermanos querían apostar a todos los números, como vulgarmente se dice; si usted era condenado, la fortuna de su padre pasaba, naturalmente, a la esposa. Si usted salía con vida, Doro se casaba con usted y ya tendrían tiempo de matarle.

—Tiene usted razón. Pero yo estaba loco...

—Y no tiene de qué avergonzarse. Esa muchacha era capaz de enloquecer a cualquiera.

Sonrió, y tras un corto silencio, dijo:

—Cuando simulamos su ejecución, ellos debieron volverse locos de contentos, ya que habían triunfado en un asunto que no se había presentado demasiado bien desde el principio.

“Pero entonces aparecí yo, en mi papel de “Anthony”, echándoles a rodar su gozo. Estaban furiosos, pero yo me las arreglé para allanarles el camino y conseguir que me llevaran a Venus, donde sabíamos ya que estaba la central del rejuvenecimiento.

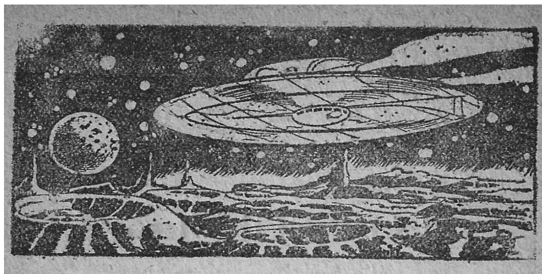
“Ahora, amigo mío, los tres hermanos están en la Penitenciaría de Marte, esperando el juicio, que será breve, para pasar después a la Cámara Electrónica.

—Le doy muchas gracias por todo, señor Callowan...

—No me las dé a mí. En realidad, ya no falta más que dar al público la verdadera versión de los hechos, para que usted “resucite” legalmente y pueda encargarse de sus negocios otra vez. Todo esto ha terminado, y lo que los hermanos Cook se traían entre manos no era más que una trampa para “gentlemen”, un cepo para caballeros... que no estaban contentos con su edad y que se sentían atraídos por las mujeres bonitas...

“En cuanto a darme las gracias, no, amigo mío. Si alguien las merece es una curiosa máquina que tenemos en la Central de la SIP: una máquina que se pasa el tiempo clasificando tarjetas con bordes de colores... Y estoy seguro de que esa máquina no sacará provecho del ramo de flores que usted le envíe. Quizás un buen frasquito de grasa le gustaría más...





¿LE GUSTARIA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN, DOSCIENTOS O TRESCIENTOS ANOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones, se lo brinda la famosa

Colección E S P A C I O

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted en cada uno de sus impresionantes relatos.

Colección E S P A C I O

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOGEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLÚMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!

COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
45.— Policía podrida.— *Alan Star*
46.— El planeta negro— *Johnny Garland*
47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Aunque todo era inútil, aquellos hombres, para luchar contra el horror que les amenazaba, lanzaron al espacio un grito de auxilio:

¡S.O.S., TIERRA!

¡La mejor novela de JOHNNY GARLAND!

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

«Lucky» suerte.